

Selección TERROR

EL MISTERIOSO MARTIN MARKS

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

Clark Carrados

EL MISTERIOSO MARTIN MARKS

CLARK CARRADOS

Colección
SELECCION TERROR n.° 494
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.
BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES

ISBN 84 02 02506 4
Depósito legal: B. 23.217 1982
Impreso en España Printed in Spain
1ª edición: agosto. 1982
2ª edición en América: febrero. 1983

Todos los personajes *y* entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650)
Barcelona — 1982

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

489 — *Atrapada por la locura,* Ada Coretti.
490 — *La bestia de acero,* Joseph Berna.
491 — *Un ser horrible, monstruoso.* Ada Coretti.
492 — *Sangre en la morgue.* Curtis Garland.
493 — *En un lugar del Averno.* Adam Surray.


SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

Había hecho una larga caminata y aunque el tiempo era todavía fresco, dada la estación, aquel día lucía un sol poco común y se sentía empapado en sudor. Por tanto, Richard Holbert decidió tomarse un pequeño descanso y como aquel pueblo le había salido al paso, pensó que en ningún lugar estaría mejor durante unas horas, antes de reanudar su camino.

Antes de entrar en Hurlimore, sin embargo, sacó una de sus cámaras y tomó unas cuantas placas del pueblo, que casi parecía de juguete en medio del verdor de los campos. Al otro lado, divisó una pequeña iglesia, de estilo normando, calculó, y se dijo que no estaría de más tirar allí también algunas fotografías.

Pero la iglesia no se movería de su sitio, después de siete u ocho siglos de existencia. Holbert avivó un poco el paso y, minutos más tarde, divisaba la reconfortante muestra de una taberna: «La Espada y el León», según rezaba el rótulo de hierro que pendía, de un brazo artísticamente forjado.

Empujó la puerta. Al otro lado del mostrador vio a una mujer de unos treinta y cinco años, y rostro agraciado. Había varios hombres sentados en el local. Un pequeño grupo se dedicaba a tirar dardos.

Holbert se despojó de la mochila en la que llevaba su equipaje y tomó asiento. La tabernera acudió al momento.

—¿Qué desea, señor?

—Cerveza, por favor, una buena jarra. ¿Sirven también comidas?

—Por supuesto, señor. Tengo una excelente pierna de cordero...

—Primero, tomaré la cerveza; luego me servirá una buena ración de ese cordero que, no lo dudo, debe de estar suculento.

Estuvo a punto de añadir: «Tanto como la cocinera», pero se contuvo, no fuera que hubiese en las inmediaciones un marido con malas pulgas. La verdad era que la mujer resultaba muy apetitosa, sobre todo, cuando uno llevaba mucho tiempo de abstinencia.

Ella vino con la jarra y la puso sobre la mesa. Holbert apreció que se había soltado un par de botones de la blusa. Los senos, rotundos, parecían ir a rasgar el vestido de un momento a otro.

—Me llamo Fannie, señor, Fannie Douglas, para lo que guste mandar —se presentó.

—Soy Richard Holbert —contestó el viajero—. Encantado, señora Douglas.

—Aquí, todos me llaman Fannie, señor. ¿Le preparo el almuerzo?

Holbert había tomado ya un par de tragos de la cerveza, que encontró agradable y estimulante.

—Cuando guste, Fannie —dijo.

La mujer volvió a alejarse. Holbert se dio cuenta de que la curiosidad inicial de los clientes hacia él había menguado mucho. Apenas si se preocupaban de él.

El cordero, realmente, estaba muy bueno, y Holbert dejó el plato completamente limpio. Como postre, Fannie le sirvió un trozo de tarta, que era algo absolutamente distinto de lo que estaba acostumbrado a comer. En la confección del postre se notaba una mano experta, y lo acompañó con una copa de aguardiente de cerezas, fortísimo, pero con una fragancia desconocida para él.

Cuando terminó, sacó tabaco y encendió un cigarrillo. Fannie se le acercó sonriente.

—¿Piensa quedarse en Hurlimore, señor? —preguntó —. Lo digo porque también alquilo habitaciones, si desea pernoctar en el pueblo...

—Me parece que sí, creo que me quedaré un día o dos, Fannie —repuso Holbert. Había podido apreciar el encanto del pueblo y se dijo que merecía la pena una etapa en Hurlimore—. Soy fotógrafo y estoy tomando vistas de los lugares poco conocidos de Inglaterra, con la idea de publicar un libro algún día. Sí, Hurlimore vale la pena.

—Muy bien, señor. Le aseguro que no quedará descontento de mi casa.

—Gracias, Fannie —Holbert se inclinó y sacó un par de cámaras de la mochila—. ¿Querrá subirla a mí habitación? Yo voy a salir a impresionar algunas placas...

—Con mucho gusto, señor.

Fannie tomó la mochila que le ofrecía el viajero. En el mismo instante, se abrió la puerta de la taberna y un hombre franqueó el umbral con paso resuelto.

—¡Hola a todos! —saludó desenvueltamente—. ¡Fannie! Póngame una copa de su delicioso aguardiente y sirva otra a todo el mundo. ¡Yo invito!

Holbert se quedó un tanto sorprendido por la irrupción de aquel sujeto. A Fannie, apreció, no parecía hacerle mucha gracia, pero se apresuró a dirigirse al mostrador.

—Sí, señor Marks, lo que usted diga... Perdóneme, señor Holbert; luego me ocuparé de su equipaje...

—No se preocupe, Fannie —dijo el viajero.

Holbert observó al recién llegado, un tipo alto, corpulento, de rostro ligeramente sanguíneo y pecho poderoso. Todavía no había cumplido los cuarenta años, pero se mostraba activo y vital, como un joven con la mitad de su edad.

Fannie sacó un par de botellas y empezó a llenar las copas en el mostrador. El recién llegado cogió una y la vació de golpe.

—Bien, amigos —dijo con voz tonante—. Supongo que más de uno se pregunta por qué he venido aquí, ¿verdad? Pues bien, voy a

dar la respuesta inmediatamente, ahora mismo. Quizá esté aquí alguno de los que han manifestado ciertos propósitos hacia mí, pero tanto si está como si no, me da igual, y todos deben saber que no me asustan las amenazas que han proferido contra mí una partida de imbéciles, cretinos y retrasados mentales. ¡No, no me asusto en absoluto! Un Marks no le teme ni al mismísimo diablo, y yo soy Marks de los pies a la cabeza. ¿Está claro?

En la taberna reinaba un silencio religioso. Holbert estudió al sujeto. Iba descubierto y su cabello pelirrojo, exuberante, con abundancia casi femenina, le hacía atractivo y repulsivo a un tiempo, sobre todo, teniendo en cuenta que tenía un rostro varonilmente agraciado. Pero también podía parecer un demonio... y «¿no había sido el diablo un ángel antes de su rebeldía?», se dijo.

De pronto, Marks cogió dos copas y, con ellas en las manos, se acercó a la mesa ocupada por Holbert.

—Supongo que el caballero no tendrá inconveniente en beber conmigo —dijo jovialmente—. Aunque sea forastero, espero me hará el honor de aceptarme esta invitación, señor.

—Con mucho gusto —sonrió Holbert.

Marks levantó su copa.

—A la salud de los tontos que quieren ponerme seis pies de tierra encima —gritó—. ¡Que se cuiden mucho, no sea yo el que cave su sepultura!

Las frases de Marks no tuvieron respuesta. El pelirrojo bebió de nuevo y luego miró al joven.

—Usted no conoce los problemas de Hurlimore y, por lo tanto, no le incluyo en mi brindis, aunque le considero mi amigo, señor...

—Holbert, Richard Holbert, señor Marks.

—Es un placer, amigo Richard.

Marks se volvió hacia el mostrador y, ostentosamente, dejó unos billetes sobre la pulida superficie de madera.

—Guárdese la vuelta, Fannie —dijo.

—Gracias, señor —murmuró la tabernera.

Marks se marchó, pisando fuerte, como había llegado. Holbert no dejó de apreciar el ambiente de tensión y hasta de temor, creado por la aparición del pelirrojo. Pero, como había dicho Marks, los problemas de Hurlimore no le afectaban en absoluto.

—Volveré luego, Fannie —dijo, ya en pie.

—Muy bien, señor.

Holbert cargó con las dos cámaras y salió de la taberna. En el mismo instante, pasaba una persona por delante de la taberna y tropezó con ella.

Vacilaron los dos y se separaron un instante, para volver a juntarse. Holbert extendió las manos, impidiendo así la caída de la

otra persona, una atractiva muchacha, que no mostró el menor disgusto por el encontronazo.

Sonriendo, ella se disculpó. Holbert dijo que la culpa era suya.

—Salí con demasiada precipitación —manifestó.

—No tiene ninguna importancia —repuso la joven.

Llevaba en la mano una bolsa de lona y Holbert la vio depositarla sobre el portaequipajes de una motocicleta ligera. Luego, la muchacha montó y arrancó sin demasiadas prisas.

Ella se volvió un instante para mirarle. Holbert permanecía aún en pie, en la puerta de la taberna. Cuando vio que la chica desaparecía por el extremo norte, echó a andar y se dirigió hacia la iglesia.

* * *

Se quedaría un par de días en Hurlimore, decidió finalmente, cuando ya se disponía a meterse en la cama. Había caminado mucho y un par de jornadas de descanso le sentarían magníficamente.

En Hurlimore había una tienda en la que vendían de todo. Había comprado tabaco, fósforos y también una novela policíaca, que se dispuso a leer, recostado en la cama. Cuando llevaba leídas una docena de páginas, oyó el leve toque de unos nudillos en la puerta.

Esta se abrió casi de inmediato. Fannie entró, con una bandeja en las manos, sobre la que se veían una botella y dos copas. La mujer cerró con un silencioso taconazo.

—Me imaginé que no le disgustaría una copita —sonrió.

Holbert dejó la novela a un lado. Fannie destapó la botella, llenó las copas y le entregó una. Luego fue a la puerta y pasó el cerrojo.

—No hay nadie, pero no está de más un poco de precaución —dijo.

Fue hacia la cama y se sentó desenvueltamente en el borde. Holbert apreció que llevaba una bata de encajes muy vistosa. Debajo había poca ropa, si es que había alguna.

—Fannie, es usted muy guapa —dijo él, después de tomar un sorbo—. ¿No tiene a nadie que se lo diga a diario?

—Tenía un esposo —rió ella.

—Ah, es viuda...

—No lo sé. Un buen día se marchó y no he vuelto a verlo más.

—Parece que no lo lamenta demasiado —comentó Holbert.

—No soy de la clase de mujeres que se ponen ceniza en los cabellos y se visten de luto para siempre. Se fue, él se lo perdió.

—Una sana filosofía.

—La mejor, señor Holbert.

—Bien mirado, así debe ser. ¿Hace mucho tiempo?

—Oh, un par de años... ¿Le preocupa?

—En absoluto. ¿Puedo pedirle un favor?

—Claro. ¿De qué se trata?

—Ese tipo... el que vino a mediodía e invitó a todo el mundo... Me pareció muy fanfarrón...

—Lo es. Se cree el amo del mundo y obra como si lo fuese.

—Según parece, no tiene muchas simpatías en el pueblo.

—Ninguna, a decir verdad.

—¿A usted tampoco le cae bien?

—Mire, señor Holbert, el instinto, a veces, suele resultar mejor consejero que la razón. Nunca me gustó el señor Marks y así se lo he dicho en todas las ocasiones que ha hecho falta. Otras, en cambio, piensan de modo muy distinto.

—¿Sí?

—Prácticamente, todas las mujeres de quince a cuarenta años —dijo Fannie riendo.

—Menos usted.

—No me gustan los tipos que van pisando fuerte, como si fuesen a comerse el mundo. Admito que Marks es un tipo atractivo, y, según rumores, capaz de hacer feliz a la mujer más exigente. Los hombres, en cambio, son muy desgraciados.

Fannie lanzó una risita y añadió:

—Sobre todo, los casados.

—Vamos, le gustan todas...

—Sí. Además... Bueno, tiene propiedades y no le agrada que los arrendatarios se demoren en el pago. Ya ha echado a un par de ellos y no precisamente con buenos modales. Por eso dijo lo que dijo a mediodía.

—Según parece, Hurlimore se sentiría mucho más tranquilo sin el señor Marks. —Sí, seguro.

Fannie apuró su copa y la dejó sobre la mesilla de noche.

—Pero, ¿por qué no hablamos de nosotros mismos?

—propuso.

Holbert sonrió. Luego adelantó el busto un poco y, con las dos manos, separó la bata.

—Lo que pensaba —dijo.

Ella entornó los ojos.

—¿Qué pensabas? —preguntó.

—No hay más ropa... —Holbert estiró la mano hacia su derecha y apagó la luz—, Y ahora tiene que haber aún menos ropa.

—Ninguna —contestó Fannie ardientemente.

Mucho más tarde, oyeron un lejano estampido. Fannie se estremeció un poco. —Parece un tiro...

—¿Lo crees así?

—Alguien habrá sorprendido a una zorra, tratando de asaltar un gallinero. No debemos preocuparnos, Richard.

—Ha sonado muy lejos...

—Sí, hacia Markstone Lodge.

—¿Dónde está eso?

—Martin Marks vive allí, a un par de millas.

—Ah... Bueno, creo que lo mejor es no preocuparnos de ese individuo. —Nunca me he sentido preocupada por Martin Marks —aseguró Fannie.

CAPÍTULO II

Oyó un ruido sospechoso y se levantó inmediatamente. Corrió hacia la ventana, pero no vio a nadie fuera de la casa. Durante unos momentos, permaneció irresoluto, en el mismo sitio. Luego, de pronto, creyó divisar una sombra que se movía en el exterior y decidió salir a investigar.

Martin Marks se vistió con gran rapidez. Tenía un revólver en la mesilla de noche y lo agarró sin vacilar. Luego se dirigió hacia la puerta del dormitorio.

Cuando llegaba a la planta baja, oyó la voz de su ama de llaves:

—Señor…

—No se preocupe, Sue. Debe de ser algún maldito merodeador y voy a ver si le doy un buen susto. Un par de tiros al aire serán más que suficientes para hacerle poner pies en polvorosa.

Marks cruzó el amplio vestíbulo y salió fuera de la casa. La oscuridad era absoluta. Había luna, pero las nubes la ocultaban casi constantemente. Estuvo quieto unos momentos y luego creyó percibir un ruido en la parte trasera, hacia los corrales donde estaban las aves domésticas.

—Debe de ser un maldito ladrón de gallinas —rezongó, a la vez que se encaminaba con paso firme hacia la trasera de la casa.

Dobló una esquina y entonces vio al sujeto, junto a la puerta alambrada de los corrales.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí? —preguntó.

—He venido a matarle — contest6 el hombre, a la vez que enseñaba una escopeta de dos cañones.

—No seas estúpido y deja ese chisme. Vete, no quiero tomar medidas contigo…

—Ya se las tomó a mí mujer, ¿verdad?

En el mismo instante, Marks se dio cuenta de que el desconocido no bromeaba. Pero tenía un revólver en la mano.

Levantó el arma. No le heriría, no tenía intención de crearse problemas con una muerte, pero un tiro en el hombro…

El percutor emitió un *click* metálico. Marks maldijo entre dientes.

«Una cápsula defectuosa», pensó.

Repitió la operación, pero tampoco salió el tiro esta vez. El desconocido emitió una risa silenciosa.

Marks empezó a sentir pánico, pero fue un sentimiento que duró breves instantes. Delante de él, la escopeta vomitó una doble

llamarada.

No oyó la detonación. Los dos disparos habían sido hechos a menos de tres metros de distancia y la descarga le alcanzó de lleno en el rostro. Cuando cayó al suelo, ya estaba muerto.

* * *

Fannie se marchó muy temprano y Holbert se quedó un buen rato todavía en la cama.

El sol estaba ya bastante alto, cuando percibió cierta agitación en el exterior.

De momento, no concedió importancia a la cosa. Se levantó y, parsimoniosamente, se aseó en el cuarto de baño. Luego pensó en la conveniencia de adquirir una muda de ropa.

Al terminar, bajó al comedor. Tenía apetito y pensó, relamiéndose de antemano, en el suculento desayuno que le serviría la ardiente Fannie.

Sí, era una mujer ardiente y llena de voluptuosidad. Con él se había desquitado de los largos días de soledad, pero también se dijo que era una relación que no debía prolongar en absoluto. Fannie le pareció muy absorbente y... «Las personas absorbentes acaban devoradas por los celos», se dijo.

Además, era seis o siete años mayor que él. Por otra parte, los gustos eran muy distintos y, a la larga, los caracteres de ambos entrarían en conflicto inevitablemente.

«Una noche más y me pierdo», decidió.

Fannie no daba señales de vida y fue a la cocina, que encontró desierta. Preocupado, se preguntó dónde podría estar la dueña de la taberna.

Cuando salía, vio que se abría la puerta de la casa.

—Fannie...

Pero se calló de inmediato al ver que la recién llegada no era quien había supuesto.

—Perdone —se disculpó.

—Busco a la señora Douglas —manifestó la chica del velomotor.

—Lo siento, no sé dónde está...

Ella se mordió los labios.

—Ya me imagino dónde puede estar —contestó—. La mayoría de los vecinos están en Markstone Lodge. Yo vine a buscar una botella de aguardiente de cerezas; me gusta tenerlo por si se presenta algún invitado... Perdone, soy Penny Creighton.

—Richard Holbert —se presentó él—, accidentalmente, huésped de la señora Douglas y, en estos momentos, hambriento y sin poder

desayunar por ausencia de la dueña.

La joven sonrió.

—Si le parece, yo misma puedo prepararle el desayuno —se ofreció.

—No querría molestarla, señorita Creighton.

—Oh, no es molestia... ¿Cuáles son sus preferencias, señor Holbert?

—Bien, me conformo con un par de huevos, tocino y mermelada. Café, si lo hay, mejor que té.

—De acuerdo. Siéntese; lo tendrá listo antes de diez minutos.

—Gracias. Oiga, me gustaría hacerle una pregunta.

Penny estaba ya en la cocina, poniéndose un delantal, y se volvió hacia el joven.

—Diga, señor Holbert.

—¿Qué pasa en el pueblo? Antes me asomé a la ventana y no vi un alma en la calle. Usted dice que la mayoría de los vecinos están en Markstone Lodge...

—Es natural... Bueno, no es corriente, a decir verdad, pero la curiosidad resulta a veces un sentimiento invencible. Martin Marks ha sido asesinado esta noche.

Holbert se quedó con la boca abierta. De pronto, recordó el lejano estampido que había escuchado a la madrugada.

—Le descargaron los dos cartuchos de una escopeta de caza, a muy poca distancia — continuó Penny—. La muerte tuvo que ser instantánea.

—Ayer estuvo en la taberna —dijo él lentamente—. Yo estaba presente y mencionó algo sobre las personas que querían verle muerto. Dijo también que no se asustaba de nadie... pero nunca me imaginé que sus palabras fueran a convertirse en realidad.

—Marks no tenía ninguna simpatía en la población —declaró la muchacha—. Alguien se ha tomado la justicia por su mano.

—La justicia, hoy día, no ejecuta sentencias de muerte.

—Bueno, era una frase...

—Algún esposo despechado, sin duda.

—¿Cómo lo sabe?

—Me contaron algunas cosas... La señora Douglas, naturalmente.

—Sí, eso tuvo que ser. Marks se había creado muchas enemistades en Hurlimore. Y, estoy segura, nadie lo lamenta.

—Bien, me imagino que la policía tomará cartas en el asunto. Dejemos eso para los hombres encargados de hacer cumplir la ley, ¿no le parece?

—Así debe ser —convino la joven.

Momentos después, ponía un apetitoso plato sobre la mesa ocupada por el huésped.

—No soy buena cocinera, pero, vamos, me defiendo —sonrió.

Momentos después, ponía un apetitoso plato sobre la mesa ocupada por el huésped.

—Esto tiene un aspecto magnífico y yo me muero de hambre —confesó Holbert.

—Viaja a pie, ¿no es verdad?

—Me gusta. Así puedo ver paisaje y tomar fotografías de lugares que ni siquiera han conocido una cámara. Le sorprendería a usted saber la cantidad de paisajes que parecen pertenecer a un planeta distinto.

—¿Es fotógrafo profesional?

—En cierto modo, sí. Tengo en proyecto un libro de fotografías sobre lugares del país que son absolutamente desconocidos. Creo que resultará un éxito, modestia aparte, aunque tardará todavía en publicarse.

—Me gustará leerlo —dijo Penny.

—Ya le enviaré un ejemplar. Usted vive aquí, me parece.

—A milla y media, en Oaks Tower. En cierto modo, somos colegas.

Holbert arqueó las cejas.

—¿Colegas?

—Pinto paisajes.

—Oh... Una artista.

—Sólo teóricamente.

—¿Cómo?

Penny emitió una sonrisa cautivadora.

—Todavía tengo que demostrarlo con mi primera exposición. Si tengo éxito, podré considerarme una artista. Y, entonces, compraré Oaks Tower. Es un lugar que me gusta, relativamente alejado, pero bien comunicado. Y situado en un paisaje precioso. —Cuando exponga sus cuadros, avíseme; tendré mucho gusto en visitar la exposición. Y hasta es probable que adquiera una de sus telas.

—Gracias —contestó ella, con una gentil inclinación de cabeza.

La puerta se abrió en aquel momento y Fannie entró, agitada y sofocada.

—¡Penny! —exclamó sorprendida.

—Hola, Fannie —contestó la muchacha—. Perdone la intromisión, pero vine a comprar una botella de aguardiente de cerezas. Como usted estaba ausente, yo me permití servir el desayuno a su huésped.

—La señorita Creighton se ha portado muy amablemente conmigo —declaró Holbert.

—Sí, ya veo... Supongo que conocen la noticia —dijo Fannie.

—¿Se sabe quién ha sido? —preguntó Penny.

—No hay el menor rastro del asesino. Pero tampoco parece la gente demasiado entusiasmada con la idea de buscarlo.

—Casi resulta lógico —dijo la muchacha—. Bien, Fannie, si me quiere dar el aguardiente…

—Ahora mismo —contestó la tabernera.

Penny tendió una mano al joven.

—Celebro haberle conocido, señor Holbert.

—Ha sido un placer, y no lo digo sólo por el desayuno

—sonrió él—. No se olvide de avisarme cuando celebre su primera exposición.

—Descuide.

La joven se marchó. Fannie volvió a poco junto al forastero.

—Tenía que suceder —dijo sombríamente.

—¿Te refieres a la muerte de Marks?

—Sí.

—¿Se sabe quién ha sido?

Fannie demoró la respuesta unos instantes. Luego, muy despacio, dijo:

—La policía no conseguirá nada.

—¿Por qué?

Ella bajó la voz.

—No lo divulgues, pero todos los hombres se han juramentado para declararse culpables, si la policía empieza a apretar las clavijas.

—¿Todos culpables? —se asombró Holbert.

—No hay en Hurlimore un solo hombre que no tenga una escopeta de caza.

—Entiendo. Y, según he oído, todos deseaban la muerte de Marks.

—Exactamente.

—¿Tú también?

Fannie sonrió, a la vez que llevaba las dos manos a la cabeza, para atusarse la cabellera. El gesto hizo resaltar la doble curva de los senos poderosos.

—Creerás que exagero, pero me enorgullezco de ser la única mujer que no se ha acostado con Marks —contestó.

—Entonces, no deseabas que muriese.

—Richard, vivo o muerto, Marks me tenía sin cuidado.

Luego le dirigid una ardiente mirada.

—¿Te marchas hoy? —preguntó ansiosamente.

—Mañana.

—Lástima… —de pronto, Fannie se echó a reír—. En fin, vale más un poco que nada…

—Lo siento; tengo que seguir.

—Sí, lo comprendo. Bien, discúlpame, tengo que hacer.

Holbert encendió un cigarrillo. Sí, se quedaría un día más en Hurlimore. De pronto, le había entrado curiosidad por asistir al entierro de Marks.

Llevó una de las cámaras, pero fue una ceremonia fría, sin calor alguno. Sólo cuatro personas asistieron al entierro: el ama de llaves de Marks, el pastor del pueblo, Holbert y, sorprendentemente, Penny Creighton. Había también dos sepultureros, pero no se les podía considerar estrictamente como asistentes a la ceremonia.

Holbert no se atrevió a preguntar a Penny por los motivos que la habían impulsado a acudir al cementerio. Por otra parte, había ido preparado adecuadamente y, apenas hubo rezado el clérigo las últimas oraciones, se despidió de la muchacha y continuó su viaje.

CAPÍTULO III

El paisaje le encantó. Abundaban, los tonos verdes y los árboles se reflejaban en un remanso de aguas que parecían cristal líquido. Adelantó el torso y contempló unos instantes la firma de la autora.

Luego consultó el catálogo de la exposición. Estaba decidido. Se quedaría con el cuadro.

—¿Le gusta?

Holbert se volvió, gratamente sorprendido.

—¡Penny! —exclamó.

Ella le tendió una mano.

—No sabe cuánto celebro que haya venido a la exposición —dijo.

—Jamás me hubiera perdonado no acudir a su invitación —respondió él—, Penny, permítame que la felicite; sé que está teniendo un gran éxito y, créame, me alegro de todo corazón.

—Gracias —sonrió ella—. Ese cuadro, parece, le gusta particularmente.

—No se lo puede imaginar. Bueno, sí, se lo imaginará, cuando sepa que he decidido adquirirlo. ¿Me acompaña a ver al director de la sala, quien, supongo, será también su marchante?

—Ahora debería empezar a dar saltos de alegría. Usted es mi primer cliente, Richard. —No se contenga por mí —rió él—. Salte, dé zapatetas, grite todo lo que quiera... Hoy día, todo está permitido...

—Gracias, pero el ambiente no es propicio para ciertas manifestaciones de júbilo — contestó ella alegremente—. Por cierto, ¿cómo va su libro de fotografías?

—Casi está a punto de publicarse, Penny.

—¿«Casi», Richard? ¿Qué significa eso?

—El editor, lógicamente, tiene sus asesores y los que se ocupan de la parte histórico artística, le han recomendado más fotografías de ciertos monumentos, uno de los cuales es, precisamente, la iglesia de Hurlimore. El libro, casi con toda seguridad, será publicado en el otoño próximo.

—Aún faltan unos meses —observó la muchacha.

—El tiempo pasa rápido —dijo Holbert—, Y si no, recuerde la última vez que nos vimos, hace ya casi un año.

—Sí —suspiró ella—. Precisamente, en una ocasión muy poco agradable, Richard.

—Por cierto, ¿se ha encontrado al asesino de Marks?

—¿Pueden detener a dos docenas de hombres que se declaran

culpables? Incluso algunas mujeres dijeron también que habían disparado su escopeta. No, la policía desistió de continuar con el caso.

—Y Hurlimore habrá recobrado la tranquilidad.

—No del todo, Richard. Yo diría más bien…

En aquel momento, dos hombres se acercaron a la muchacha. Uno de ellos era el director de la galería de arte y el otro un reputado crítico. Penny tuvo que despedirse del joven.

—Nos veremos en otro momento, Richard —dijo.

—¿Cenamos juntos esta noche? —propuso él.

Los ojos de la joven chispearon.

—Conforme. Venga a buscarme a las siete al «Panoramic».

—Un hotel con un título muy adecuado a una artista de renombre —dijo él riendo.

* * *

Tomó un sorbo de vino, se limpió los labios y dirigió una mirada afectuosa a la muchacha.

—Ha sido una celebración por todo lo alto —dijo.

—Sí, muy agradable —convino Penny—. He vendido cuatro cuadros más y el director me ha asegurado que todos tendrán salida. Aunque, desde luego, ha sido preciso rebajar los precios un poco.

—Ya llegará tiempo en que usted imponga sus condiciones —vaticinó Holbert—, Es muy joven aún y tiene toda una vida por delante.

—Me agrada su optimismo, Richard. Gracias por el buen concepto que tiene de mí.

—Soy sincero, simplemente. Penny, pienso ir a Hurlimore dentro de una semana, aproximadamente. Antes tengo que ir a otro sitio, a tirar una docena de placas más. Luego, en Hurlimore, podré estar todo el tiempo que quiera. Haré las fotografías y enviaré los negativos por correo.

—Me agradará verle de nuevo. Y, espero, ojalá sea en mejores circunstancias que la vez anterior.

—De eso precisamente quería hablarle —manifestó Holbert—. Hoy, cuando nos vimos en la galería de arte, dije que Hurlimore habría recobrado la tranquilidad. Usted me contradijo…

—Es cierto. Los vecinos se sienten muy inquietos. Hay un ambiente de tensión y nerviosismo, como no había existido siquiera antes, cuando Marks estaba vivo todavía.

—¿Por qué? ¿Temen que el culpable sea descubierto?

—No, no es eso… Sue Langhry, el ama de llaves de Marks, dice que hace algunos días recibió una carta del difunto…

—¡Una carta del difunto! —repitió, estupefacto—. ¿Hay servicio de correos en el infierno?

—Yo no he visto esa carta, pero, a lo que parece, más de uno la ha leído y la noticia se ha divulgado. Marks dice que volverá y que se vengará de sus asesinos.

—Está muerto y enterrado... Usted y yo asistimos al entierro...

—Pero no vimos si el ataúd estaba «lleno».

—Penny, ¿trata de decirme que la muerte de Marks fue una impostura?

—¿Fue Marks realmente el hombre que murió aquella noche, hace casi un año?

—Pero, ¿es que no lo identificaron plenamente?

—¿Era él? —insistió la muchacha—. La descarga le alcanzó en pleno rostro, desfigurándolo por completo...

Oiga, eso no es suficiente. Hay huellas dactilares, las ropas, los objetos personales, el reloj, algún anillo... Sue Langhry, supongo, identificaría al muerto. Máxime si se tiene en cuenta que dormía en la casa cuando se cometió el crimen y que tuvo que acudir a los pocos instantes de haber oído los disparos.

—A pesar de todo... Sue recibió la carta y ya conoce su contenido. Por eso está la gente tan nerviosa en Hurlimore. Se enterró a alguien que paréela Marks, pero no se está absolutamente seguro del hecho.

—Bien, ¿y por qué no interviene la policía en el asunto?

—Hurlimore es un pueblo pequeño; ni siquiera tiene un guardia municipal. Para que la policía interviniese, «ahora», tendría que ser reclamada por los miembros del consejo municipal.

—Y no lo harán porque todos ellos se autocalifican de culpables.

—Justamente, Richard.

Holbert sonrió.

—Penny, es un tema muy desagradable y creo que debiéramos darlo de lado. ¿Ha oído hablar de *La gata sobre el tejado con nieve*?

Ella se echó a reír.

—Creo que es una parodia graciosísima de esa célebre obra...

El joven sacó dos trocitos de cartulina, de forma alargada.

—Cuarta fila —dijo—. ¿Quiere reírse hasta que le duelan los costados y se le desencajen las mandíbulas?

—¿No me hará daño la cena? —preguntó ella, con fingida aprensión.

—Le sentaría mal si continuásemos hablando del misterioso Martin Marks, el hombre que anuncia su vuelta después de muerto. Será mejor que lo olvidemos, Penny. —Queda aprobada la moción por unanimidad —contestó la muchacha.

* * *

Esta vez, Holbert iba a tiro hecho, por lo que viajó en su automóvil y en pocas horas estuvo en Hurlimore. Detuvo el coche frente a la taberna y se apeó de inmediato.

Cuando entró, notó algo extraño.

El local estaba completamente vacío. Era cerca del mediodía, pero aun así, recordaba perfectamente que siempre solía haber clientes, yunque su número fuese escaso. Sin embargo, no se veía a nadie.

Las mesas y los ceniceros estaban limpios. Parecía como si nadie hubiese entrado en la taberna desde un siglo antes.

Lentamente, se acercó al mostrador. Vio un timbre de percusión y lo tocó un par de veces. A los pocos momentos, apareció una mujer.

Por un instante, Holbert creyó que era Fannie, pero muy pronto se dio cuenta de su error. Era una muchacha de unos veinte años, delgada, de rostro agradable y pelo liso y suelto.

—Buenos días, señor —saludó la joven —. ¿En qué puedo servirle?

—Perdone, esperaba encontrar aquí a la señora Douglas...

—Tuvo que salir ayer, señor. No sé cuándo volverá... Yo me llamo Elsa Hood... ¿Puedo servirle en algo?

—Si tienen habitaciones libres, tomaré una, Elsa.

—Por supuesto, señor Holbert.

—Ah, me conoce usted...

Elsa sonrió.

—Le vi el año pasado. Usted, claro, no se fijó en mí.

—Estuve sólo dos días, aunque, desde luego, pude asistir al entierro dé Martin Marks.

La chica hizo la señal de la cruz.

—Ese hombre... Por ahí se dice que va a volver...

—¿Lo cree usted, Elsa?

—No estoy muy segura. Puede que sea cierto...

—Vamos, vamos, Marks murió. Todos lo vieron, aunque desde luego, fueron muy pocos los que estuvimos en el entierro. ¿Qué le hace creer que el señor Marks posee la facultad de revivir a su gusto?

—La gente no está tranquila, es todo lo que puedo decirle, señor.

—Muy bien, dejémoslo así por el momento. Elsa, tengo sed.

—Sí, señor.

La chita llenó una jarra de cerveza. Holbert empezó a beber, pero antes de terminar, vio que se abría la puerta de la posada.

Fannie entró y se detuvo a dos pasos del umbral. Elsa se espantó.

—Señora Douglas, ¿qué le sucede?

La dueña del local tenía el rostro completamente blanco. Había

pasado un año escasamente, pero Holbert, al verla, creyó que había envejecido diez de golpe.

Fannie parecía a punto de desmayarse. El joven fue hacia ella y la agarró por un brazo.

—¡Fannie! ¿Qué te ha pasado? —exclamó.

La mujer le dirigió una mirada agónica.

—¡El! —contestó dramáticamente—. Es cierto. Está vivo y ha vuelto.

—Elsa —ordenó Holbert—, traiga té inmediatamente para la señora Douglas. Añádale unas gotas de whisky, por favor.

—Sí, señor, al momento —contestó la sirvienta.

Elsa se alejó. Holbert hizo que Fannie se sentara en una silla y luego ocupó otra frente a ella.

—Cuéntame, ¿qué ha pasado? ¿Es cierto que Marks está vivo?

—Repugnantemente vivo... Ayer me llamó y tuve que acudir a su casa. No... no quería, pero me ha obligado a pasar la noche con él, en su propio lecho...

—¿Y cediste? —se asombró el joven.

—La casa, la taberna... todo es suyo. Yo lo tengo el arriendo y me amenazó con echarme a la calle si no accedía a sus propósitos —contestó Fannie amargamente.

CAPÍTULO IV

—Es cierto, ha vuelto.

Penny sintió un escalofrío. Holbert estaba en el exterior de la casa, sentado bajo un emparrado, desde el que se divisaba un extenso panorama. Oaks Tower era un edificio pequeño, de una sola planta, pero sumamente agradable. Penny era una joven con mucho gusto y lo había decorado de forma que el interior no sólo resultaba atractivo, sino también muy confortable.

—No he ido por el pueblo desde que vine de Londres —contestó la muchacha—. Vine a mí casa directamente y llegué ayer. La asistenta tenía ya todo en orden, incluso con el frigorífico lleno, de modo que no necesité hacer compras en la tienda local.

Markstone Lodge se divisaba desde aquel punto, a una milla de distancia, entre los árboles que crecían abundantemente en aquellos parajes. Holbert señaló el edificio con una mano.

—Puesto que Marks está aquí, anoche tuvo que ver usted luces en la casa —dijo.

—Lo siento. No se me ocurrió mirar siquiera —Penny sonrió —. La verdad es que aún no he acabado de digerir el éxito... Oh, ya sé que acabo apenas de empezar, y que aún me queda mucho camino por recorrer, pero el principio, me parece, no ha podido ser más prometedor.

—Eso es muy cierto —concordó él—, y le recomiendo que— no se deje desanimar por un tropiezo pasajero. Ahora, lo mejor que puede hacer es descansar un poco y coordinar sus ideas, para empezar de nuevo fresca y con los mejores ánimos.

—Sí, ésos eran mis proyectos — respondió la muchacha —, pero el ambiente, me parece, no está demasiado propicio para la tranquilidad de espíritu.

—No comprendo cómo ha podido volver Marks. Si murió, su cadáver fue identificado a pesar de que no se le conocía por la cara, destrozado... Y se le enterró, de eso no hay duda alguna...

—¿Y si el que estaba aquella noche en la casa era un impostor?

—¿Un impostor? —dijo Holbert como un eco.

—Bueno, alguien que se le parecía más o menos y que pudo desempeñar el papel de Marks durante un cierto espacio de tiempo.

—Pudiera ser, pero, en tal caso, ¿no cree que la señora Langhry habría descubierto la impostura?

—Si fue por un tiempo breve y el impostor estaba muy bien

caracterizado, pudo quedar engañada y no darse cuenta de nada — adujo Penny.

—Bien, admitámoslo. Pero entonces, ¿qué objeto tendría esa impostura?

—Sólo hay una forma de averiguarlo, Richard.

—¿Sí?

—¿Se atrevería usted a preguntárselo al propio Marks?

Holbert meditó unos instantes. Luego hizo un gesto dubitativo.

—No sé —contestó—. Pero quizá hay una persona que sí puede responder a esa pregunta. Es más, ya ha dado la respuesta, Penny.

—¿Quién es, Richard?

—Fannie Douglas, la tabernera. Pasó ayer buena parte del día y toda la noche en Markstone Lodge. Regresó cerca del mediodía.

—¿Eso hizo Fannie? —se asombró ella.

—Dijo que Marks la había obligado a ceder a sus deseos, amenazándola con echarla de su negocio. La taberna pertenece a Marks, por si no lo sabía.

—Sí, lo sabía. Prácticamente, el pueblo y las tierras son suyos en su casi totalidad.

—Y él se aprovecha de la situación, como un señor feudal de antaño. ¿También le pertenece esta casa, Penny?

—No, pero pronto será mía —dijo ella con justificado orgullo—. Era de Lionel Albertson, el alcalde. Aproveché las ganancias de mis cuadros para pagar un buen adelanto, a descontar con el contrato de alquiler del precio total.

—La felicito —dijo Holbert—. Y ahora, me gustaría hacerle una pregunta. Es de carácter íntimo y no me enfadaré si me niega la respuesta.

Penny le miró sonriendo.

—Apuesto el importe de mi próximo cuadro a que ya sé qué quiere preguntarme — dijo.

—Entonces, déme la respuesta, sin hacerle la pregunta —rió el joven.

—No, Marks no me hizo ninguna proposición en el sentido que usted se imagina. Es verdad que estuvo a verme un par de veces e incluso habló de la compra de un cuadro, pero yo le dije que tenía toda mi producción comprometida. No era cierto del todo, sólo estaba en tratos con el director de la galería de arte, pero en aquellos momentos no me apetecía desprenderme de ninguna de las telas que ya tenía concluidas. Y no hubo más, Richard, puede creerme.

—No se me ocurriría poner en duda su palabra —contestó Holbert —. A propósito, se me ha pasado por alto... Tengo algo en el equipaje, en la posada, aunque no sé si le gustará...

—¿Qué es, Richard?

La copia de una de las fotografías que tomé durante el entierro de Marks. No es un tema demasiado agradable, pero quizá le guste conservarla como recuerdo.

—Tráigamela cuando vuelva por aquí, muchas gracias. Quizá un día pueda enseñarla a mis nietos, diciéndoles que asistí al entierro de un hombre que «resucitó» casi un año después de su muerte —dijo ella de buen humor.

—Sí, con el tiempo todo se pasa. Bueno, me marcho...

Penny le miró sonriendo.

—¿Por qué no se queda a cenar, Richard?

—¿No constituiré una molestia para usted?

—Al contrario, será un placer —aseguró la joven.

* * *

Por la mañana, al día siguiente, revisó su equipaje y encontró las fotografías que había mencionado a la muchacha. Eligió las dos mejores y se las echó al bolsillo.

Oaks Tower estaba a una milla y media de distancia y mientras no lloviese, valía la pena ir andando, a fin de hacer un poco de ejercicio. Bajó a la taberna y vio a Elsa que estaba atendiendo a una mujer de mediana edad.

—Aquí tiene, señora Langhry —dijo la chica, a la vez que entregaba una botella a la cliente.

Holbert oyó aquel nombre y aguzó el oído inmediatamente. Acometido por una repentina decisión, se acercó a la mujer, que ya se disponía a salir a la calle.

—Señora Langhry...

Ella se volvió.

—¿Señor?

—Perdón... Me llamo Holbert. Yo estaba presenté en Hurlimore cuando fue asesinado el señor Marks...

—Oh, sí, fue un suceso terrible... Murió de una forma realmente espantosa, con la cabeza destrozada...

—Usted estaba en Markstone Lodge cuando ocurrió el crimen. ¿Está segura de que era el señor Marks la persona que murió aquella noche?

Sue vaciló.

—Bien, en principio, yo no tenía motivos para dudar de él... de su personalidad, quiero decir.

—Pero ahora ya no está tan segura, ¿verdad?

—No sé qué decir... El muerto llevaba sus ropas, su anillo, con un topacio, rodeado de rubíes, su reloj... Pero, ¿cómo reconocerle, si no le

quedaba cara?

—¿Qué me dice del pelo?

—No me fijé, señor. Luego oí decir que el fogonazo de los disparos se lo había quemado... No lo sé, señor Holbert; francamente, ya no puedo asegurar nada...

—¿Ya no trabaja en Markstone Lodge? —preguntó el joven.

—No. Si él estaba muerto, yo no tenía nada que hacer. Cerré la casa y me vine al pueblo. Ahora vivo con mi padre y con una hija, casada. Les ayudo en las tareas caseras, es todo lo que puedo hacer.

Holbert miró a la mujer con simpatía.

—Lamento vivamente lo ocurrido, señora Langhry —dijo.

—Gracias, señor.

Elsa contemplaba expectantemente la escena. Había media docena de hombres en distintos puntos de la taberna, todos ellos taciturnos y silenciosos. El ambiente no podía ser más tétrico, pensó Holbert.

Sue se dispuso a salir. En el mismo instante, una alta silueta surgió en el umbral de la puerta.

La mujer retrocedió vivamente, a la vez que emitía un grito ahogado. Holbert, por su parte, creyó que se le saltaban los ojos de las órbitas.

Era cierto, no se trataba de ninguna fantasía de aldeanos amedrentados por leyendas macabras. Holbert lo había visto en una ocasión y estaba seguro de que no olvidaría jamás aquel rostro.

—¡Hola a todos! —saludó Marks jovialmente—. ¡Elsa, muñeca, sirve una ronda a la gente; yo pago, para celebrar mi vuelta al pueblo!

Reinaba un silencio absoluto. Sonriendo, Marks dio un par de pasos y apoyó una mano— en el hombro de la señora Langhry.

—Sue, vuelva a casa; la necesito —dijo con acento persuasivo.

Sue contestó con un grito de espanto. Se santiguó precipitadamente y echó a correr, dando tropezones que casi la hicieron caer al suelo. Luego se rehízo y consiguió salir a la calle, víctima de un terror espantoso.

—Pobrecilla —dijo Marks—. Cualquiera diría que ha visto a un difunto... Bien, Elsa, ¿vienen esas copas?

—Sí, señor... —contestó la sirvienta, no menos aturdida que el resto de los concurrentes.

—He estado ausente una larga temporada, por negocios, pero, al fin, he terminado y vuelvo de nuevo a Hurlimore —declaró Marks—. Siempre me gustó vivir aquí y... Pero, ¿qué le pasa a la gente? ¿Acaso estamos en un velatorio?

Nadie decía una palabra. De pronto, Marks se volvió hacia el joven.

—Ah, señor Holbert —exclamó—. Celebro verle de nuevo. Parece

que también le gusta Hurlimore, ¿no es así? Supongo que me aceptará una copa, como en la última ocasión que nos vimos.

—Con mucho gusto —respondió Holbert—. Perdone, señor Marks, pero, ¿es cierto que ha estado ausente todo este tiempo?

—Claro. ¿Por qué me lo pregunta, amigo mío?

—Bien, aquí se dijo que usted había sido... asesinado...

—Sí, ya he oído esa absurda historia. Sin duda, alguien confundió el cadáver de otra persona con el mío. Pero, como puede ver, estoy vivito y coleando, y con una salud de hierro, gracias a la Providencia. Y gracias a ti también, Elsa, por este estupendo licor de cerezas. Por cierto, ¿dónde está la dueña? No la veo...

—En su cuarto, señor, acostada. Está enferma —respondió Elsa.

—¿Fannie, enferma? —Marks meneó la cabeza pesarosamente—. No me lo puedo creer. Siempre fue la viva estampa de la salud.

—Es... una jaqueca muy fuerte, señor. Pronto se repondrá.

—Eso espero —Marks despachó su copa de un trago, chasqueó la lengua y puso unas monedas sobre el mostrador—. Guárdate la vuelta, pequeña.

—Gracias, señor —dijo Elsa.

Marks miró al joven y sonrió.

—Me siento muy satisfecho de haberle saludado, amigo Holbert —añadió—. Y si algún día quiere venir a mí casa de Markstone Lodge, sepa que tengo allí un whisky añejo capaz de resucitar a un muerto.

Marks lanzó una estruendosa carcajada, como si riera su propia gracia. Luego se encaminó hacia la puerta, pero antes de salir, se volvió hacia el interior.

Ahora estaba muy serio, amenazador, mostrando una cólera apenas contenida.

—Digo lo mismo que hace un año: los que quieren ponerme seis pies de tierra encima, que se cuiden, no sea yo quien cave su sepultura.

Nadie respondió a aquellas provocativas palabras. En medio de un consternado silencio, Marks giró en redondo y salió de la taberna.

Un minuto después, los pocos clientes que se hallaban en el local, escapaban amedrentados, sin hacer el menor comentario. En un instante, la taberna quedó completamente vacía, a excepción de Holbert y la sirvienta.

Holbert se acercó al mostrador.

—Elsa, ¿es cierto que la señora Douglas está enferma?

—Sí, señor. Dijo que no se encontraba muy bien...

—¿Puede indicarme su habitación, por favor?

—Claro, señor.

El dormitorio de Fannie estaba en penumbra, Holbert la vio en la cama, con un paño mojado en agua de colonia sobre la frente. Se

acercó a la cama y se sentó junto a la mujer.

—No te encuentras muy bien —dijo.

—Me siento horriblemente —contestó Fannie.

—Él ha estado en la taberna. Se ha ido hace menos de cinco minutos.

—¿Ha dicho algo?

—Repitió lo que dijo hace casi un año, ya sabes, eso de que hay quien quiere ponerle seis pies de tierra encima, pero que será él quien cave otras tumbas. Fannie, ¿quién diablos es el que está enterrado en el cementerio, bajo el nombre de Martin Marks?

—No lo sé... Debió de ser una terrible equivocación... Pero todos estábamos convencidos de que era él...

—Se supone que el muerto era un impostor, pero, ¿no cabe la posibilidad de que «éste» lo sea?

—Yo diría que no, Richard. Para mí, es el auténtico Martin Marks —contestó Fannie.

—Te obligó a pasar la noche con él. ¿Había ocurrido antes alguna vez?

—No, nunca. Siempre le rechacé... pero en esta ocasión, me resultó imposible... La taberna es lo único que tengo y si me la quitase, me quedaría en la calle.

Holbert pensó que Fannie, pese a su apariencia, era un espíritu apocado. Otra mujer habría resistido, a pesar de las amenazas de Marks. A fin de cuentas, era todavía joven y podía haber encontrado otra colocación en algún lugar distinto de Hurlimore. Pero si no tenía el ánimo suficiente, estaba claro que había optado por la solución más fácil, a pesar de la repugnancia que le había causado ceder a los lujuriosos requerimientos de Marks.

Sonriendo, palmeó una mano de Fannie y trató de darle ánimos.

—No te aflijas —aconsejó—. Acabarás por olvidarlo y un día te parecerá un mal sueño.

Procura cuidarte y levántate mañana. En la cama no te recuperarás precisamente.

—Sí, eso es lo que pienso hacer. Gracias, Richard...

Holbert se puso en pie.

—No te preocupes por mí; Elsa sabrá atenderme adecuadamente — se despidió.

Cuando salió del cuarto de la enferma, se preguntó una vez más quién era el desconocido que había sido enterrado bajo el nombre de Martin Marks. ¿No habría un medio de averiguar su identidad?

¿Y si el que había estado poco antes en la taberna era un impostor?

En tal caso, ¿por qué recurrir a semejante falsificación de la personalidad ajena?

Elsa, involuntariamente, le sacó en parte de sus dudas, al servirle la cena aquella noche.

—Ese hombre debiera morir, así el pueblo quedaría tranquilo para siempre —dijo. —¿Por qué, Elsa?

—El pueblo y las tierras le pertenecen casi por completo, y expulsa sin contemplaciones a aquel que se retrasa en el pago del arrendamiento, aunque no sea más que unas pocas horas. Bueno, lo hacía antes de que se le creyera muerto, pero ahora, me imagino, habrá venido con ganas de desquitarse. Claro que con algunos tiene ciertas deferencias.

—¿Quiénes, por favor?

Elsa miró aprensivamente a un lado y otro y luego, bajando la voz, contestó:

—El que tiene una mujer guapa, o una hija, o una hermana, tanto da, siempre estará bien considerado por el señor Marks. ¿Lo comprende ahora?

Holbert asintió.

—Sí, lo comprendo perfectamente, Elsa —dijo.

CAPÍTULO V

Por la mañana, después del desayuno, salió de la posada, a pie, sin prisas, disfrutando de la temperatura de un día excelente. El paisaje, bajo un sol radiante, presentaba un aspecto particularmente cautivador. Por todas partes se oían cantos de pájaros. En un estanque cercano, nadaban una docena de cisnes, que ponían una nota bucólica en el ambiente.

Holbert respiró a pleno pulmón. Era preciso reconocer que Hurlimore resultaba un paraje encantador, un pequeño paraíso... pero había una serpiente que amenazaba con destruir la tranquilidad y la paz que se disfrutaban en el pueblo. Se preguntó si no habría forma de persuadir a Marks para que cambiara su comportamiento.

Anduvo sin prisas, deteniéndose de cuando en cuando. No llevaba la cámara, pero hacía encuadres imaginarios de distintas vistas. Sin embargo, opinó, aquellos paisajes resultaban mejor en una tela que en la fotografía.

De pronto, cuando había recorrido la mitad del camino, vio a Marks.

Por un instante, le pareció que el sujeto se había corporeizado mágicamente, apareciéndose ante él como si gozara de poderes sobrehumanos. Pronto se dio cuenta de que estaba demasiado distraído con sus pensamientos y no se había apercibido de su presencia, hasta hallarse a pocos metros de distancia.

No, no había magia en aquel hombre, pero parecía un ser infernal, se dijo. Marks estaba indolentemente apoyado en el tronco de un árbol, sacando astillas de un trozo de madera, con una navaja muy afilada, y sonrió al verle.

—Ah, Holbert —saludó —. ¿De paseo por el campo?

—Voy a visitar a la señora Creighton —contestó el joven.

—La pintora, ¿eh?

—En efecto.

—Una chica preciosa. ¿Querrá darle un recado de mi parte, si no es molestia?

—En absoluto, señor Marks, lo haré con mucho gusto.

—A ella no le producirá demasiado. Dígale que Oakss Tower me pertenece ahora. Otro día iré a visitarla para hablar de la renta.

Holbert se sorprendió enormemente al conocer la noticia.

—Creí que pertenecía al señor Albertson...

—Me la ha vendido, amigo Holbert;'

—Penny también quería comprarla. Incluso dio un anticipo.

—Pero no ofrecía tanto dinero como yo y, además, habría tardado más tiempo en reunir el importe total. Lo comprende, ¿verdad?

—Sí, claro... Con su permiso, señor Marks...

—No deje de acordarse de mi whisky añejo —rió el sujeto—. La invitación sigue en pie, para cualquier momento del día o de la noche.
—Lo tendré en cuenta. Adiós —dijo Holbert secamente.

Reanudó la marcha. Había una curva a pocos pasos y casi en el acto perdió de vista a Marks. Pero apenas había recorrido cincuenta metros, oyó un grito femenino.

—No te asustes, guapa —sonó la voz de Marks, con su estridencia habitual—. Soy yo y no estoy muerto, sino todo lo contrario.

—Perdone —dijo la mujer—. Estaba distraída...

Holbert retrocedió cautelosamente y buscó un sitio desde donde poder ver sin ser visto. Apartó las ramas de unos arbustos y vio a Marks hablando con una mujer joven, guapa, de pelo rubio y figura exuberante, que estaba en pie junto a una bicicleta que sostenía con ambas manos.

—Estás muy apetitosa, Cynthia Bahler —dijo Marks—. Supongo que tu marido te lo dirá a diario, ¿no es así?

—Eso no le importa en absoluto...

Marks se echó a reír.

—El bueno de Bill Bahler —dijo—. ¿Sabías que me debe trescientas cincuenta libras? Se ha retrasado en el pago del arrendamiento... Claro que yo podría ser magnánimo y aceptar ese retraso en el pago... si tú... ¿eh, me comprendes?

—Pero, señor Marks, usted no sería capaz de...

El sujeto tiró a un lado el trozo de madera, dobló la navaja, la guardó en el bolsillo y luego se acercó a la mujer. Pasó la mano izquierda por su cintura y con la derecha le acarició los senos.

—Vamos —dijo roncamente.

—¿A... aquí...?

Marks se echó a reír.

—Al otro lado de ese ribazo, la hierba está calentada por el sol y es muy abundante. Nadie nos ve, no hace falta que se lo digas a tu marido... y así conseguirás que yo le conceda una prórroga en el pago.

—Al me... al menos, podía perdonarle la deuda...

—No seas estúpida. Sospecharía en el acto. Anda, vamos.

La pareja desapareció al otro lado de unos arbustos. Asqueado, Holbert dio media vuelta y continuó su camino.

* * *

—A veces, uno comprende a los asesinos — dijo Holbert más tarde, después de tomar una taza de café, que le había servido Penny.

Había indudables muestras de preocupación en el hermoso rostro de la muchacha.

—Nunca me hubiese imaginado... Ese hombre es capaz de todo... Pero, más que nada, me duele que Albertson haya vendido la casa sin avisarme...

—Tengo la impresión de que Marks le presionó para que vendiese —dijo el joven—.

Eso es algo de lo que usted no tiene la menor culpa.

—Y dijo que iba a venir a verme.

—Sí, para hablar de la renta...

—Querrá subírmela, sin duda.

—¿Cederá?

—Depende del aumento que me pida, Richard, ¿Qué me aconseja usted?

Holbert se frotó el mentón con gesto preocupado.

—No conozco el estado de sus finanzas, pero si el aumento no es excesivo... Yo pagana, Penny.

—Está bien, aguardaré a que me diga la cifra exacta. ¿Más café, Richard?

—No, gracias. Penny, créame, lamento haber sido portador de tan malas noticias...

—No tiene la culpa y yo no voy a hacer como ciertos reyezuelos de la antigüedad, que mandaban ejecutar a los mensajeros que traían malas noticias —sonrió ella—. Pero ese hombre... sí, usted tiene razón; a veces, se comprende a los asesinos...

—Lamentablemente, no podemos hacer nada. Marks actúa siempre dentro de la ley y, aunque alguien pudiera reprocharle su conducta con algunas de las mujeres del pueblo, siempre diría que ellas lo hicieron por su propia voluntad.

—No creo que a Cynthia Bahler le haya gustado mucho, Richard.

—¿Quién sabe? Una cosa es cierta; no se resistió en absoluto, Penny. —Quizá pensó que no valla la pena resistirse —opinó la muchacha.

—Tal vez... Ah, lo había olvidado —exclamó Holbert repentinamente.

Metió la mano en un bolsillo *y* sacó un par de fotografías.

—Recuerdo de unos momentos nada agradables —añadió.

—Ah, la ceremonia del entierro. No resultó divertido, en efecto.

Penny tomó las fotografías y las contempló durante unos momentos. De súbito, lanzó una exclamación:

—Eh, pero esto... No es posible y, sin embargo...

—¿Qué sucede, Penny?

—Aguarde un momento, por favor.

La muchacha se levantó, salió de la habitación y volvió a poco con una potente lupa, que usó para examinar con más detalle una de las fotografías.

—Sí, es él, no cabe duda —dijo al cabo. Luego miró al joven—, Richard, ¿no examinó usted las fotografías al revelar los negativos?

—Les eché un vistazo por encima, más que nada, para comprobar la calidad de la imagen. Pero no era un tema demasiado atractivo y, francamente, de no haber tenido que volver a Hurlimore, las habría olvidado por completo. Bueno, y a todo esto, ¿qué hay de extraño en esa fotografía?

Penny había aplicado la lupa solamente a una de las fotografías y se la tendió a su huésped.

—Aquí —dijo, señalando un punto determinado con el índice.

Holbert usó la lupa. Claramente se veía el pequeño grupo situado junto a la tumba recién abierta de Marks. El ataúd había sido descendido ya al fondo y se veía al pastor moviendo la mano para trazar la señal, de la Cruz.

Los dos sepultureros estaban a un lado, apoyados en las palas. Sue Langhry se veía junto al clérigo, con un pañuelo en los ojos. Penny aparecía un poco a la izquierda de la pareja anterior, de modo que quedaba un pequeño hueco, equivalente al que una persona podía haber ocupado en el grupo.

El cementerio formaba una pequeña loma, ligeramente abombada. Al fondo, entre el pastor y Penny, se veían unos arbustos, relativamente cercanos. Asomando el rostro entre los ramajes, se veía, aunque un tanto borroso, el rostro de Marks.

La lupa aumentaba considerablemente los detalles. Podía verse a Marks sonriendo de un modo infernal, como si se sintiera enormemente divertido al presenciar su propio entierro.

—Es desconcertante —dijo el joven, pasados unos momentos—. Yo hice la fotografía y luego la revelé y amplié el negativo, a un tamaño de aficionado, aproximadamente. No era una escena en la que tuviera demasiado interés y casi tiré las placas por curiosidad. Pero cuando vi el negativo, mejor dicho, cuando la fotografía estuvo lista, apenas sí le eché un vistazo. Me fijé solamente en el pastor, en Sue y en usted. Marks está al fondo y no examiné apenas los detalles del paisaje circundante.

—El cementerio hace una especie de abombamiento — indicó Penny—, Y diría que Marks está en pie, pero, por la disposición del terreno, apenas si asoma más que la cabeza y los hombros.

—Sí, es cierto. Ahora bien, la duda surge inmediatamente de los hechos que ya conocemos. Marks oye unos ruidos, se levanta para

investigar, baja al primer piso y cuando va a salir, Sue le pregunta qué sucede, según declaró en su día. Marks dice que debe de tratarse de algún merodeador y que va a darle un escarmiento o algo por el estilo, sale de la casa y antes de un minuto se oye el estampido. ¿Es posible que, en tan breve espacio de tiempo, se haya cambiado Marks por el impostor?

—No parece probable. Si el impostor se hallaba ya en la casa, el cambio debió de haberse realizado mucho antes. En aquellos momentos, yo, al menos, encargado de sustituir a Marks, me habría negado a salir, temiendo algo malo —dijo la muchacha.

Holbert hizo unos cuantos movimientos de cabeza, para mostrar su conformidad con aquellos argumentos.

—Bien —dijo de pronto—, lo mejor que podemos hacer es hablar con Albertson, el alcalde. Es la máxima autoridad de Hurlimore, y debe saber lo que ocurre.

Penny se puso en pie.

—Voy a cambiarme de ropa —manifestó—. A mí también me interesa hablar con Albertson. No puedo creer que haya vendido la casa, sobre todo, después de haberme dado su palabra de que me 1a vendería a mí, incluso aceptando un anticipo.

—Quizá Marks le forzó a realizar la operación, por algún procedimiento que desconocemos —apuntó el joven.

—¿Un chantaje?

—Quizá. De todos modos, intentaremos averiguarlo.

—Estaré lista dentro de diez minutos —prometió Penny.

Holbert salió fuera de la casa y contempló el paisaje. Había nubes en el cielo, pero eran blancas, resplandecientes, destacando agradablemente en un cielo de brillante color azul. Aquí y allá se veían volar mariposas y los cantos de los pájaros sonaban por todas partes.

Luego volvió la cabeza hacia Markstone Lodge. Se preguntó si merecería la pena ir allí, para probar aquel whisky añejo que, según Marks, «resucitaba a un muerto».

—A ver si alguien le dio una buena ración, después de que lo asesinaran —murmuró con una punta de buen humor.

Penny apareció a poco, ataviada con una blusa, chaquetón, pantalones y botas de media caña.

—El día invita a pasear —sonrió.

—La verdad es que lo que haya de ocurrir, ocurrirá —contestó Holbert—, Por tanto, no tenemos prisa.

—Sobre todo, si pensamos que el muerto está vivo, Richard.

Holbert se quedó pensativo durante unos instantes. Luego dijo:

—De verdad, Penny, me gustaría saber qué ha estado haciendo Marks durante todo este tiempo, casi un año. ¿No le parece que

resultaría interesante?

—¿Piensa preguntárselo?

Holbert volvió a mirar hacia Markstone Lodge y de nuevo pensó en el whisky añejo.

—Es muy posible —contestó.

CAPÍTULO VI

Lionel Albertson examinó la fotografía con ojos llenos de pasmo. Estuvo silencioso durante unos momentos y luego meneó la cabeza.

—No me lo puedo creer. Marks presenció su propio entierro...

—El de alguien que se había hecho pasar por él —puntualizó Holbert.

—Señor Albertson, usted es también juez de paz de Hurlimore terció Penny—. ¿Por qué no hace exhumar los restos del hombre que se enterró en lugar de Marks?

—¿Para qué? —preguntó el alcalde.

—¡Hombre de Dios, es preciso comprobar si de veras es Marks o un impostor el que está en la tumba! —estalló la muchacha malhumoradamente.

—¿Después de tanto tiempo, casi un año?

—En Scotland Yard tienen medios para averiguarlo —dijo Holbert.

Albertson se acarició el mentón,

—Hoy mismo —decidió—. Ahora, sin perder un minuto... Llamaré a los hombres que cavaron la sepultura...

—Muy bien, alcalde —exclamó Penny—. Nosotros estaremos presentes, pero antes usted habrá de decirme por qué vendió la casa a Marks, después de que yo le había hecho una oferta muy interesante.

—Me ofreció un buen precio —se defendió Albertson—, Ya le devolveré su anticipo, señorita.

Una mujer apareció en aquel instante. Tenía unos cuarenta y cinco años, era alta, delgada, de rostro huesudo y nariz ganchuda. El pelo estaba casi blanco y sus ojos no ofrecían la menor expresión de simpatía hacia nadie.

—Tengo que salir, Lionel —dijo.

—Sí, Judith, como quieras.

—Estaré fuera todo el día. Volveré al atardecer.

—Muy bien, querida.

Judith Albertson miró con hostilidad a los visitantes. Holbert se dijo que aquella mujer debía de tener un carácter infernal. Ciertamente, no excitaría la atención de Marks; su marido, pues, podía estar tranquilo en este aspecto.

Albertson se puso en pie.

—Vamos —dijo.

Salieron de la casa. Estaba cerca de la taberna y Holbert anunció

su propósito de ir en busca de una de sus cámaras fotográficas. Penny acompañó al alcalde.

El joven entró en la taberna y subió a su habitación. Cuando revisaba la cámara fotográfica, entró Fannie.

—Richard...

Holbert se volvió.

—Ah, eres tú —dijo—. ¿Puedo servirte en algo?

—He visto a la pintora con Albertson. ¿Qué es lo que sucede?

—Vamos a excavar la tumba de Marks.

Fannie se estremeció.

—¿Es necesario?

Holbert le enseñó la fotografía tomada el día del entierro.

—Estaba vivo —dijo—. Por tanto, ¿quién es el que ocupó su puesto en el ataúd?

Fannie se sintió horrorizada.

—Mataron a un inocente...

—Eso, quizá, no es lo peor de todo, sino que Marks sabía que podían matarlo y no se lo advirtió al hombre que ocupó su puesto aquella noche.

Holbert terminó de preparar la cámara, cerró la funda y se la colocó al hombro.

—Por cierto, ¿conoces a una tal Cynthia Bahler?

—Sí —exclamó Fannie, sorprendida—. Es muy guapa... Holbert sonrió.

—Marks también piensa lo mismo —dijo.

—¿Cómo?

—No, nada, ya te contaré otro rato... Sin embargo, tengo que pedirte una cosa.

—Desde luego, Richard.

—Sé discreta. No repitas a nadie lo que acabo de decirte.

—Puedes irte tranquilo —dijo ella.

Holbert sonrió.

—Trata de mejorarte. No tienes muy buen aspecto —dijo.

—Fue sólo una noche... pero creo que lo que me hizo ese hombre me ha vuelto frígida para siempre —contestó Fannie.

El joven ocultó una sonrisa. Fannie exageraba. Aún tardaría mucho en cumplir los cuarenta años. Olvidaría todo y volvería a recobrar sus atractivos.

Cuando llegó al cementerio, los sepultureros estaban ya cavando en la tumba de Marks. Una hora más tarde, uno de ellos descendió al fondo de la sepultura y levantó la tapa del féretro.

Penny lanzó un grito de sorpresa. Holbert también se quedó sorprendido, pero reaccionó muy pronto y tomó unas cuantas fotografías del féretro vacío. Luego sacó una cuartilla de uno de sus

bolsillos y la puso en manos de Albertson. —Alcalde, baje al fondo de la sepultura y, situado junto al ataúd, mantenga la cuartilla extendida, de modo que pueda leerse bien la fecha de hoy.

—Sí, es una buena idea —convino Albertson.

Holbert tiró un par de placas. Uno de los enterradores ayudó a salir a Albertson. El joven le hizo una pregunta:

—Alcalde, ahora que ya sabemos que Marks, o el hombre que lo sustituyó, no está enterrado, ¿qué piensa hacer?

—Nada —contestó el interpelado bruscamente—. ¿Qué conseguiríamos con dar publicidad al asunto? Lo mejor es dejar las cosas como están y que todo siga igual, como hasta ahora.

Era una actitud, en cierto modo, lógica, pero Holbert no podía aprobarla.

Penny se le acercó discretamente y le hizo una pregunta, con un bisbiseo de voz apenas audible:

—¿Qué piensas hacer «tú», Richard?

Aunque no se divisaba Markstone Lodge desde el cementerio, Holbert dio la respuesta con gran rapidez:

—Tengo un enorme interés en probar el whisky añejo que resucita a los muertos. Es una frase del propio Marks, ¿sabes?

—Ven a verme después de la entrevista —rogó Penny. —Descuida —dijo Holbert.

* * *

El whisky, efectivamente, era excelente. Marks en persona se lo sirvió al visitante. Holbert, por su parte, se dio cuenta de que estaba ante un sujeto muy escurridizo, al que sería difícil sacarle la verdad.

—En el pueblo se le dio por muerto durante casi un año —dijo, después de tomar unos sorbos.

—Sí, lo sé —contestó Marks displicentemente.

—Pero alguien disparó contra un hombre, creyendo que era usted.

—El asesino se equivocó, simplemente.

—Usted, si mal no recuerdo, estaba en casa aquella noche. Oyó ruido, bajó a investigar...

—¿Y si esa noche no hubiera estado en casa?

Holbert no pudo por menos de captar la burlona sonrisa del dueño de Markstone Lodge. —Entonces, habría que preguntarle quién era el hombre que ocupaba su puesto —dijo. —Permítame, amigo mío. No tengo por qué dar explicaciones de mis actos a nadie, a menos que causen daño a otras personas.

—Un hombre murió asesinado...

—Yo no lo hice, en todo caso.
—El cadáver falta del ataúd en que fue sepultado.
Mark se puso las manos en el pecho.
—Me declaro inocente —contestó.
—Sin embargo, sabía lo ocurrido.
—¿De veras?
—¿Estaba aquí o no la noche en que se cometió el crimen?
—No.
—Pero lo supo muy pronto.
—Digamos que me enteré a su debido tiempo.
—Un tiempo más que suficiente para asistir al entierro de alguien que todo el mundo creía era usted.
—No, no estuve presente...
Holbert puso la fotografía sobre la mesa.
—Acaba de decir una gran mentira — manifestó tranquilamente.
Durante unos minutos, sólo hubo silencio en la estancia. Luego, sin manifestar externamente ninguna alteración, Marks agarró la fotografía y la rompió en varios trozos.
A continuación, puso los fragmentos de la cartulina en un cenicero y les prendió fuego.
—Ya no hay pruebas —sonrió.
Holbert no se inmutó. Pero tampoco quiso decir que, precavidamente, había tirado varias placas y que tenía copias "suficientes de la fotografía destruida, sin contar con los negativos que debían de estar en alguna parte de su casa de Londres.
—Eso significa que podemos considerarle como un asesino —dijo.
—¿Sí?
—Usted se enteró de que había un merodeador en torno a la casa y bajó a buscarlo. El intruso, posiblemente, tenía una escopeta y, como fuese, usted se la arrebató y luego le disparó los dos cartuchos a la cara. Inmediatamente, le dejó sus objetos personales: el reloj, un anillo, la billetera... El ama de llaves tardaría algo en salir, lo suficiente para hacer el cambio y que usted tuviera tiempo de desaparecer. Sin embargo, ignoro los motivos que le impulsaron a permanecer ausente casi un año.
—No pienso decírselo —contestó Marks.
—Tal vez Scotland Yard, por ejemplo, tenga interés en preguntárselo.
—Nadie puede demostrar nada contra mí, salvo una cosa: estuve ausente de Hurlimore y no fue por nada delictivo. La policía perdería el tiempo si alguien me denunciase, y aunque se demostrase que yo asistí al entierro, ocultamente, claro, ¿qué conseguirían con eso? Siempre podía decir que tenía miedo de sufrir un atentado...

—¿Miedo, usted?
—Soy un ser humano.
—Algunos piensan que es el diablo en persona.
—Exagerados —rió Marks—, ¿Otra copita?
—Gracias. Estoy vivo y no necesito que me hagan revivir. ¿Puedo pedirle perdón por mis impertinencias?
—Está concedido, amigo Holbert. Venga siempre que guste...
—Gracias. Una última pregunta, por favor.
—¿Sí?
Ahora es el dueño de Oaks Tower. ¿Piensa aumentar la renta a su inquilina?
—No depende solamente de mí —contestó Marks.
Holbert oyó aquellas palabras y sintió deseos de estrangular a aquel repulsivo sujeto. Sin embargo, sonrió cortésmente.
—Se lo diré a la señorita Creighton.
—Salúdela en mi nombre, por favor.
Marks se acercó a una pared y tiró de un cordón. Sue apareció a los pocos momentos.
—¿Señor?
—Sue, tenga la bondad de acompañar al señor Holbert.
—Sí, señor.
—Adiós, amigo mío —dijo Marks,
Holbert contestó con una silenciosa inclinación de cabeza. Pero, ya en la puerta de la casa, se volvió hacia el ama de llaves.
—Sue, ¿quién murió «realmente» aquella noche? —inquirió.
Ella le miró largamente. Holbert observó sus pupilas muy azules, casi incoloras. Ahora, Sue parecía envejecida, gastada... pero muy pocos años antes, debía de haber sido una mujer con muchos atractivos físicos.
—Murió un hombre, señor —contestó ella glacialmente.
Holbert no quiso insistir. Salió de la casa y tomó el camino de Oakss Tower.

* * *

—Para mí, Albertson ha tenido que ceder, forzado por algo que desconocemos. Sin duda, Marks lo amenazó... y yo pienso que el alcalde tiene miedo de su mujer —dijo Holbert, después de haber tomado una taza de café, hecho por Penny.
La joven asintió.
—Sí, todo el mundo sabe que la señora Albertson tiene un genio infernal. Pero aún hay más.
—¿De veras, Penny?

—Ella es la dueña del dinero. Albertson es un vago que vive a costa suya. Oh, presume bastante, se pavonea mucho… y también persigue a las mujeres jóvenes y apetecibles.

—Vamos, es un competidor de Marks.

—No cabe la menor duda. Pero Marks no tiene al lado a una mujer que le reproche sus acciones, no debe temer ser arrojado a la calle, sin más que lo puesto. Ahí está la diferencia, Richard.

—Bueno, si lo que dices es cierto, resulta incomprensible que Albertson haya vendido una propiedad de su mujer —objetó Holbert.

—Tal vez Marks le persuadió para que convenciera a su esposa de la necesidad de vender. Es lo que se suele decir: tal propiedad es de «equis» aunque pertenezca realmente a su mujer. Luego se hace la aclaración necesaria, ¿comprendes?

Holbert se acarició la mejilla pensativamente.

—La señora Albertson parece el tipo de mujer avara y codiciosa —dijo—, A su esposo no le habrá resultado difícil convencerla. Marks, quizá, no se atrevió a hablar con ella, pero si sabía algo comprometedor para el alcalde, lo utilizó como palanca para conseguir hacerse con la propiedad de Oakss Tower.

—Ahora me subirá la renta —se lamentó Penny.

—Marks me dijo que todo depende de ti.

Ella le miró penetrantemente.

—¿No te imaginas mi respuesta?

—Sí, desde luego.

—Tengo un contrato por todo un año. Aún me quedan diez meses; lo firmé, cuando estaba a punto de inaugurarse mi exposición. Si es necesario, pleitearé. Tengo entendido que el nuevo propietario no tiene derecho a alterar los términos de ese contrato.

—Díselo así a Marks cuando venga a verte.

—No me callaré, puedes tenerlo por seguro —afirmó la muchacha.

CAPÍTULO VII

Era de noche cerrada cuando el sujeto salió de la taberna, encaminándose hacia su casa. Los pasos de Roy Hinks eran inseguros; había trasegado demasiada cerveza. De cuando en cuando, hipaba y eructaba. Su mujer pondría el grito en el cielo cuando le viera llegar en tal estado, pero al hombre no le importaba en absoluto.

Además, era muy posible que la señora Hinks no estuviera siquiera en su casa. Hinks lo sabía y se daba cuenta claramente de que no podía hacer nada por evitarlo.

Durante casi un año, había gozado de tranquilidad. Luego, de repente, Marks había «resucitado» y todo volvía a ser como antes. Hinks se preguntó si su esposa habría ido ya a Markstone Lodge.

Rebasó un par de callejas y luego, de pronto, entró en una zona muy oscura. Casi en el mismo instante, sintió que algo flexible se enroscaba en su cuello.

Una voz siniestra resonó en sus oídos:

—Hinks, tú eres uno de los que más alborotabas cuando decías que era preciso quitarme de en medio. Bien, ya dije entonces que no serla yo precisamente el que acabase bajo seis pies de tierra.

Hinks intentó gritar, pero la cuerda se estrechó repentinamente contra su cuello y la voz quedó ahogada en la garganta instantáneamente.

Pataleó con furia, pero era hombre poco forzudo y sus esfuerzos resultaron inútiles. Sujetándolo con una mano por el cuerpo, el asesino tiraba con la otra del lazo, con una potencia absolutamente irresistible.

Hinks dejó de moverse muy pronto. El asesino arrastró su cuerpo unos cuantos metros. Allí había un viejo farol en desuso *y* ató la cuerda al saliente brazo de hierro, de modo que los pies de la víctima quedasen a un palmo del suelo. Luego, tan silenciosamente como había llegado, se fundió con las sombras de la noche, sin que su presencia hubiera sido advertida por ninguno de los habitantes del pueblo.

* * *

Cuando se vestía, por la mañana, Holbert percibió cierta agitación en la calle. Se asomó a la ventana, pero no vio otra cosa que

algunas personas que iban y venían nerviosamente.

Pareciéndole indiscreto preguntar a gritos desde la ventana, aguardó a terminar su aseo para saber lo ocurrido. Elsa se lo dijo poco después.

—Roy Hinks ha sido asesinado.

—¿Hinks? No le conozco...

—Era un buen hombre. Algunos, sin embargo, dicen que puede ser un suicidio. Estaba colgado de un farol.

—Ahorcado.

—Sí, señor. Sin embargo, son muy pocos los que creen en el suicidio.

—¿Por qué, Elsa?

La chica vaciló. En el mismo instante, sonó la voz de Fannie.

—Yo te lo explicaré, Richard. Elsa, atiende el mostrador.

—Sí, señora.

Holbert se volvió hacia la dueña del local. Fannie había mejorado considerablemente, pero había perdido su expresión animosa y jovial.

—Hinks era uno de los que más alborotaban, cuando se hablaba de liquidar a Marks — dijo Fannie.

—Oh, comprendo...

—La señora Hinks es muy guapa. Marks la hacía ir frecuentemente a Markstone Lodge.

—No por su gusto, me imagino.

—Al principio, tal vez no. Después... no sé...

—¿Cómo?

—Hinks tenía unas tierras en arrendamiento. Era su único medio de vida. Marks se las habría quitado, si ella se hubiese negado a ceder a sus caprichos. Lo mismo que me pasó a mí.

Hubo un momento de silencio. De pronto, empezaron a llegar clientes.

Habla rostros sombríos, coléricos. Holbert empezó a oír frases muy duras contra Marks.

—Ese hombre acabará mal —vaticinó Fannie sombríamente.

Holbert empezó a temer que se cumpliera la profecía de Fannie. Se preguntó si debía advertir a Marks. Por lo que podía oír, todos le consideraban como el asesino de Hinks. La teoría del suicidio había sido ya desechada.

A Marks, se dijo, no le habría gustado escuchar los violentos comentarios que se hacían sobre él en aquellos momentos.

* * *

Precisamente, a aquella hora, Marks estaba muy ocupado con algo distinto de lo que suponía la mayoría de la gente. El hombre se hallaba en pie y miraba sonriente a la inquilina de Oakss Tower.

—Es una casa muy bonita, confortable y sumamente acogedora — dijo—. Comprendo que le guste vivir aquí, señorita Creighton.

—Sí, me gusta la casa. Ahora es suya, tengo entendido.

Con aire presuntuoso, Marks sacó una pitillera de oro y se puso un cigarrillo en los labios.

—Oh, perdón, no le he ofrecido a usted... —dijo, tendiendo la pitillera abierta a la muchacha.

—No tengo ganas, muchas gracias. Ha venido, supongo, a decirme algo interesante.

—Cierto —admitió Marks, después de haber encendido el cigarrillo —. Quiero hablar con usted de la renta de esta casa.

—Está bien, empiece cuando guste —invitó Penny.

—Según mis noticias, usted paga algo más de cuarenta libras mensuales, es decir, quinientas anuales.

—En efecto, así es.

—Señorita Creighton, lamento tener que comunicarle malas noticias. A partir del mes próximo, la renta de esta casa será de ciento veinte libras.

Penny sonrió, pero guardó silencio. Marks se extrañó.

—¿Qué, no me dice nada?

—Lo esperaba —contestó ella—. Ahora, usted me va a decir que puedo obtener una rebaja considerable, incluso me permitirá vivir gratuitamente en esta casa, si accedo a convertirme en su amante.

Marks respingó.

—Es usted directa, señorita...

—Pero es cierto que pensaba decírmelo.

—Bueno, yo... —Marks se sentía desconcertado—. Verdaderamente, es usted muy guapa...

—También lo son Fannie la tabernera, y Cynthia Bahler, y Maggie Hinks... y tantas otras... Ah, y no olvidemos tampoco a la señora Langhry...

—Es una vieja...

—Hace tan sólo un par de años, usted no la consideraba precisamente como una venerable anciana.

—Oiga, veo que está muy enterada de mis andanzas —exclamó Marks.

—Hurlimore es una población muy pequeña. Todo se sabe casi en el acto, señor Marks.

—Está bien, no hay por qué ocultar las cosas. Usted me gusta muchísimo...

—Pierde el tiempo. La respuesta es no.

Los ojos de Marks se entornaron.

—Muchas me dijeron lo mismo al principio, pero acaba— fon por ceder. Usted también, señorita Creighton, aunque ahora lo niegue.

—Y si no, me echará de aquí, ¿verdad?

—Hombre, no lo había pensado, pero ya que lo ha dicho...

—¿Se le ha ocurrido la posibilidad de un pleito?

Marks respingó.

—No se atreverá...

—Para subirme la renta, tiene que comunicármelo por escrito. Entonces yo, con esa carta, iré a un juez, que no será precisamente Albertson, y además llevaré el contrato actualmente en vigor. Albertson no tiene autoridad para juzgar este caso y menos siendo parte interesada.

—Le costará dinero...

—Estoy dispuesta a todo, señor Marks.

Hubo un momento de silencio. Luego, de pronto, Marks se echó a reír.

—No tengo prisa —dijo—. Puedo esperar.

—Le saldrá barba —contestó ella mordazmente.

Fue hacia la puerta y la abrió.

—Nunca me gustó proferir palabras malsonantes, pero, en ocasiones, conviene hacer una excepción, sobre todo, cuando una sabe que se va a quedar muy descansada.

¡Fuera, cerdo!

El rostro de Marks enrojeció violentamente.

—Le costará caro —amenazó.

—Conmigo se ha equivocado. Yo no soy una de esas mujeres débiles o complacientes, que acuden apenas chasquea usted los dedos. ¡Vamos, márchese, repugnante individuo!

Marks salió de la casa, tropezando con el umbral de la puerta.

—Volveremos a vernos —aulló, ebrio de ira.

—Abriré la casa para que se ventile bien y se vaya el hedor que ha dejado usted — respondió la muchacha sin inmutarse.

Pero luego sintió cierto temor. Marks era capaz de todo... incluso de asaltar la casa durante la noche. Tendría que prepararse para hacer frente a una eventualidad semejante.

¿Debería contárselo a Holbert?

Cuando viese al joven, tomaría una decisión.

* * *

Por la noche, Holbert subió a su habitación, sintiéndose muy preocupado por lo que le había contado Penny acerca de la visita de Marks.

Al fin, la muchacha se había resuelto a. explicarle cuanto le había dicho el nuevo dueño de Oakss Tower. Por supuesto, Holbert

había aplaudido su decisión e incluso la había animado a presentar una demanda, si Marks persistía en sus propósitos de subirle la renta.

—Tiene que comunicártelo primero por escrito —le había dicho —. Entonces, con esa carta, tendrás la base para iniciar la demanda y yo me ocuparé de que dispongas de un buen abogado. Conozco a uno estupendo y estoy seguro de que te harta ganar el pleito.

Sin embargo, se dijo, cuando finalizase el contrato actual, Marks tendría todos los derechos para subir la renta a su voluntad. Pero aún faltaban casi diez meses.

En el peor de los casos, Penny podía buscar otra casa. Lo malo sería que ya no podría continuar viviendo en Hurlimore, lugar al que ella había tomado cierto afecto. Pero el disgusto, a sus años, se le pasarla muy pronto.

—Sobre todo, si yo la ayudo —se dijo complacidamente.

Se quitó los zapatos y, en mangas de camisa, se tendió en la cama, recostándose sobre los almohadones. Encendió un cigarrillo y, durante unos momentos, se entretuvo en contemplar las volutas de humo.

Luego se dio cuenta de que el sueño llegaba satisfactoriamente, a pesar de sus preocupaciones, y se dispuso a quitarse toda la ropa. En el mismo instante, creyó oír unos pasos cautelosos en el corredor.

Aguzó el oído. Apenas unos segundos más tarde, oyó el ruido de una llave que giraba en la cerradura.

Maldijo entre dientes. Si era Fannie... «Pero, ¿no dijo que creía haberse vuelto frígida?», pensó.

Debía de ser una frase de circunstancias. Ya se le había pasado el disgusto y ahora tenía ganas de estar un rato con él.

La puerta, sin embargo, no se abrió. Holbert tardó unos momentos en darse cuenta de que alguien le había cerrado en su habitación, retirando la llave desde el exterior.

Para comprobarlo, se levantó, fue a la puerta y movió el picaporte. No consiguió nada. Sí, alguien le había dejado encerrado en la alcoba, pero, ¿por qué?

De pronto, oyó rumor de voces en la calle. Alguien emitió un enérgico siseo y los rumores cesaron de inmediato.

Atraído por una invencible curiosidad, fue hacia la ventana y la abrió cuidadosamente. Sólo pudo ver a un par de hombres que penetraban en la taberna. Había más, sin duda, pero estaban ya dentro y ninguno de ellos hada el menor ruido.

El ambiente se hizo repentinamente opresivo, siniestro. Holbert presintió que iba a ocurrir algo horrible. No sabía qué podía ser, pero adivinaba inminente una espantosa tragedia.

Vaciló unos momentos. Luego asomó medio cuerpo, calculando la altura de la ventana a la calle. Procuraría bajar sin ser visto.

Volver…

Se encogió de hombros. No importaba. Ya resolverla el problema más tarde. Apagó la luz y pasó una pierna por encima del antepecho.

CAPÍTULO VIII

La puerta de la taberna se abrió bruscamente y el recién llegado permaneció unos momentos en el umbral, contemplando con ojos críticos el desierto interior del local. Martin Marks guardó silencio unos segundos. Luego, cerró la puerta y avanzó unos pasos.

Fannie estaba en pie, tras el mostrador, rígida, con las manos apoyadas en la pulida superficie de madera y los ojos fijos en el hombre. No se movía en absoluto, pero su pecho opulento subía y bajaba con irregulares movimientos, muy rápidos, sin embargo. —Me has llamado —dijo Marks, por fin, rompiendo el tenso silencio.

—Si —admitió ella.

—Tendrás que decirme algo, supongo.

Fannie se movió. Cogió una botella de la estantería que tenía a sus espaldas y la puso sobre el mostrador. Luego colocó dos copas y las llenó.

—Ven a beber —dijo.

Marks se acercó sonriendo.

—¿Qué es lo que pretendes, preciosa?

—Bebe —insistió ella.

Los ojos de Marks se achicaron.

—¿Pretendes envenenarme?

Impasible, Fannie cogió su copa y la bebió de un trago. A continuación, se bebió la destinada a Marks y finalizó llenando las copas nuevamente.

—No hay veneno en este aguardiente —dijo.

—Muy bien. Esto tendrá alguna explicación, supongo.

Marks cogió la copa, la contempló al trasluz unos instantes y luego bebió pausadamente. Al finalizar, se limpió los labios y chasqueó la lengua apreciativamente. —Este aguardiente sigue siendo tan bueno como de costumbre — sonrió—. ¿No me dices nada más, Fannie?

—Sí —contestó ella—. Has tomado tu última copa, Martin Marks.

El hombre se puso rígido.

—Así pues, había veneno...

—En absoluto. Mira a los lados, por favor.

Marks se volvió. Silenciosamente, como espectros, una veintena de hombres habían aparecido, surgiendo de distintos lugares de la taberna. En los ojos de todos aquellos individuos brillaba un odio absoluto.

—¿Qué es lo que queréis? —exclamó Marks—. ¿Tenéis ganas de que le pegue un tiro a alguien?

Sacó un revólver, apuntó hacia arriba y apretó el gatillo. Fannie lanzó una estridente risotada.

—Alguien quitó los cartuchos —dijo.

Por primera vez, Marks pareció perder su firmeza de ánimo. Con ojos llenos de pánico, contempló el círculo de hostiles sujetos, que se cerraba lentamente a su alrededor.

De repente, lanzó un aullido:

—No, por favor... Esperad unos momentos, quiero explicaros algo importante... Yo no soy... ¡Esperad, os digo! —Ya es tarde —dijo Albertson.

Repentinamente, todos los hombres sacaron sendos cuchillos y se abalanzaron sobre Marks. El dueño de Markstone Lodge intentó defenderse, pero todo fue inútil.

Las contraventanas de la taberna estaban cerradas, pero Holbert había encontrado una rendija, que le permitió ver la escena sin apenas obstáculos. Veinte brazos se movieron casi al mismo tiempo. El brillo de los aceros quedó empañado por la sangre.

A Holbert le recordó la escena de la muerte de Julio César, asesinado por los senadores conjurados. Marks era muy fuerte, pero sucumbió enseguida, acribillado literalmente a cuchilladas,

El círculo de asesinos se ensanchó a los pocos momentos. Albertson sacó un pañuelo y limpió su cuchillo.

—Ahora estamos seguros de que Marks ha muerto —dijo, resumiendo el sentir general.

Fannie estaba aún tras el mostrador y sacó más botellas.

—Una copa, por cuenta de la casa —dijo fríamente.

Los hombres se acercaron al mostrador. En el suelo, el cuerpo de la víctima se desangraba lentamente.

—Tendremos que llevárnoslo de aquí —dijo alguien poco después. —Hay una sepultura vacía. Ahora estará llena realmente —añadió otro.

—Fannie, ¿necesitas que te ayudemos? —consultó Albertson.

—Váyanse tranquilos —respondió la mujer—. Yo me ocuparé de que no quede en el suelo la menor señal de sangre.

Fue al interior de la casa y volvió a poco con una manta y un trozo de tela impermeable. El cadáver de Marks fue envuelto primero en el impermeable y luego en la manta. Entonces, Holbert empezó a pensar en el regreso a su dormitorio.

* * *

Holbert apenas pudo pegar ojo el resto de la noche. En el fondo, comprendía la ira de los habitantes de Hurlimore, pero no podía borrar de su mente la espantosa escena que había presenciado.

Sentíase sumido en un mar de dudas. Marks podía tener muchos defectos y, según la óptica particular de la gente del pueblo, merecía la muerte. Pero si se pensaban las cosas fríamente, lo que había ocurrido era un asesinato.

A fin de cuentas, Marks no había causado daño físico a nadie. Si, se sospechaba que había ahorcado a Hinks, pero no existían pruebas contundentes en su contra. Ciertamente, había atropellado a la gente, abusando de su posición, burlándose de los más caros sentimientos, ultrajando a las mujeres, aunque no hubiese empleado la violencia física. Pero ello no justificaba las terribles represalias que se habían tomado los hombres de Hurlimore.

Por la mañana, sin embargo, había tomado ya una decisión. Después de vestirse, bajó al comedor.

Elsa se dispuso a servirle el desayuno. Holbert levantó una mano.

—Aguarde un momento, por favor. Antes quiero hablar con la señora Douglas.

—Bien, señor. Iré a avisarla ahora mismo.

—Gracias, Elsa.

Fannie apareció poco después, atusándose el cabello. Era evidente que hacía poco que estaba levantada. Sin embargo, se había tomado el tiempo suficiente para maquillarse el rostro intensamente. Bajo la capa de polvos y colorete, podía vislumbrarse, sin embargo, una intensa palidez, y el color oscuro que rodeaba sus ojos no provenía precisamente de la química.

—Ya estoy aquí, Richard —dijo ella.

Elsa aguardaba en la puerta. Holbert hizo un gesto con la cabeza.

—Déjenos solos, por favor.

La sirvienta se marchó. Holbert se aseguró de que la puerta quedaba cerrada. A pesar de todo, se llevó a Fannie lejos, donde la chica no pudiera escuchar lo que tenía que decirle a la dueña de la taberna.

—Y bien, ¿por qué no hablas de una vez? —exclamó Fannie, impaciente.

—Sí, tengo algo que decirte —manifestó él—. Es más, voy a ser franco y directo. Ahora mismo iré a la capital del condado y me pondré en contacto con la policía.

—¿Ha ocurrido algo, Richard?

—Oh, Fannie, tío me vengas con disimulos. Lo sabes tan bien como yo, mejor incluso, diría. Me refiero al asesinato de Martin Marks.

—Ah, pero eso sucedió hace casi un año...

—¡Sucedió anoche! ¡Yo lo vi, Fannie! —gritó el joven, exasperado.

Ella hizo un gesto de pesar.

—Richard, tú no estás bien de la cabeza. ¿Cómo puedes decir que anoche asesinaron a Marks, si fue algo que sucedió hace mucho tiempo?

—Maldita sea, yo lo vi, te lo aseguro. Tú misma le habías citado y le ofreciste primero una copa, que no bebió, porque sospechaba podías haber envenenado la botella. Tomaste dos copas seguidas y entonces él, convencido, se bebió la suya. Acto seguido, le dijiste que era la última copa de su vida. Luego, una veintena de hombres, que aguardaban escondidos, se le arrojaron encima y lo acribillaron a cuchilladas.

—¡Dios mío, qué fantasía tan desbordante! —se asombró Fannie —. ¿Cómo puedes decir una cosa semejante? ¿De qué crimen estás hablando? ¿Marks murió aquí, en la taberna? Pero el suelo está completamente limpio…

Holbert empezó a comprender la actitud de Fannie.

—De modo que lo niegas —murmuró.

—Niego tus fantasías —contestó ella.

—Ahora hay una tumba llena realmente. Alguien lo dijo cuándo ya se llevaban el cuerpo. ¿Qué pasará cuando venga la policía y abra de nuevo esa sepultura? Encontrarán el cuerpo de Marks, lleno de heridas de arma blanca…

—¿Sí? Y si eso fuera cierto, ¿quién lo habría hecho?

—Fannie, por favor…

—Espera un momento, Richard. ¿A qué hora dices que se cometió el crimen?

Holbert vaciló un instante.

—Bien, yo diría que habían pasado ya de las once de la noche — contestó.

—La taberna estaba cerrada. Las ordenanzas municipales disponen que se cierre a las once.

—¡Estaba abierta! —gritó él descompuestamente.

—Richard, si llamas a la policía, correrás un ridículo espantoso. Acusarás a personas inocentes… Todos declararán que estaban durmiendo… y en el supuesto de que abran otra vez la sepultura y encuentren a Marks, no habrá nadie que pueda probar que lo hizo ninguna persona de Hurlimore.

—Fannie, tú cerraste mi dormitorio anoche con llave, para que yo no pudiera salir, por si casualmente se producían algunos ruidos y llamaban mi atención. Incluso quitaste la llave y me quedé encerrado en mi habitación. Pero pude salir por la ventana…

Ella se echó a reír con fuerza.

—Esa chica, Elsa, es un poco alocada. Se te come con los ojos y quise evitar la ocasión de que te sucediera algo. Está muy desarrollada y parece mayor de lo que es en realidad, pero es menor de edad.

Holbert inspiró profundamente.

«Tiene respuesta para todo», pensó.

En los ojos de Fannie ya no había la simpatía de otras ocasiones. Ahora había dureza, frialdad... y también satisfacción por saber que Marks estaba definitivamente muerto y que ya no molestaría a nadie.

El primer asesinato podía haber sido cuestionado, puesto en duda; el segundo, la víspera, ya no ofrecía dudas de ninguna clase. Veinte hombres habían acuchillado a Marks y todos y cada uno de ellos habían podido cerciorarse de su muerte.

Estaba luchando contra un muro de piedra inexpugnable. Era como las olas de un mar embravecido luchando contra los acantilados de granito. Antes de que pudiera debilitar sus escarpas, pasarían cientos, miles de años...

«Y ninguno viviremos tanto», se dijo.

—¿Habré tenido una pesadilla? —sonrió al cabo.

—Sí, seguramente —contestó Fannie—. Bien, iré a decirle a Elsa que te sirva el desayuno. Pero ten cuidado, repito; es menor de edad y eso, aquí, está todavía muy mal mirado.

—Elsa no me importa en absoluto —dijo Holbert.

Fannie siguió andando. El joven añadió:

—Tampoco tú.

Pero la dueña de la posada no contestó. A los pocos momentos, apareció la chica con una bandeja en las manos.

—Elsa, ¿cuántos años tiene usted? —preguntó Holbert de sopetón.

—Voy a cumplir dieciséis el mes que viene, señor —respondió la sirvienta instantáneamente.

Holbert meneó la cabeza. Sí, Elsa parecía mayor de lo que era realmente. Ya no le cabía duda de que Fannie había sabido encontrar la respuesta adecuada para el supuesto enigma del cierre de la puerta de su dormitorio.

* * *

—Y lo asesinaron a cuchilladas, entre todos —dijo Penny, llena de horror.

—Tú has visto teatro, y cine también. ¿Recuerdas «Julio César»? Los senadores lo rodean, lo apuñalan... No sé si anoche habría un Bruto entre ellos, pero fue una escena completamente similar. Sólo que en el cine y en el teatro se simula la muerte de César, pero anoche

fue algo real, sangrientamente auténtico, Penny —contestó Holbert.

—¿Así sucedió? —exclamó la muchacha, con los ojos desmesuradamente abiertos.

—Cómo te lo acabo de contar. Fannie atrajo a Marks, ignoro con qué pretexto, y una vez que el sujeto estuvo en la taberna...

Holbert completó el relato, sin omitir detalle. Cuando terminó, Penny se sentía enferma.

—Era un hombre absolutamente despreciable, repulsivo, pero, aun así, creo que no merecía la muerte...

—Las gentes de Hurlimore opinan todo lo contrario, Penny.

—Y a ti, ella te cerró en el dormitorio.

—Con el pretexto de que Elsa es una chica apasionada, y como menor de edad, si nos hubieran encontrado juntos, yo podría haberme llevado un buen disgusto. No es cierto, pero la excusa resulta magnifica. Para Fannie, claro. Entonces me di cuenta de que iba a suceder algo, salté por la ventana y... Bueno, ya sabes todo lo que ocurrió.

—Richard, tenemos que avisar a la policía —exclamó ella con gran vehemencia.

Holbert hizo un gesto negativo.

—No serviría de nada —aseguró—. Sí, encontrarían un cadáver lleno de puñaladas, pero todos negarían haber atacado a Marks. Presiento que se han juramentado para guardar silencio y, en tal caso, ¿quién les saca la verdad?

—Entonces, ¿ha de quedar el crimen impune?

—Penny, la única solución es dejar pasar el tiempo. Inevitablemente, alguien sentirá remordimientos y, tarde o temprano, hablará. No es un crimen cometido por un solo hombre, que no tiene que compartir su secreto con otros. En estos casos, siempre hay un eslabón débil y acaba por ceder, aunque puedo asegurarte que na será mañana.

—Sí, quizá tengas razón —convino ella pensativamente—. Bien, Richard, ¿qué piensas hacer ahora?

—Me vuelvo a Londres. Ya he tomado las fotografías que necesitaba. Debo acabar el libro y procurar que se edite cuanto antes. ¿Y tú?

La joven sonrió con cierta melancolía.

—Me quedo aquí... aunque me parece que, después de todo lo que ha pasado, acabaré por levantar el vuelo. El ambiente, en Hurlimore, a pesar de que no me relaciono demasiado con sus habitantes, se tornará irresistible, opresivo... De todas formas, esperaré un tiempo antes de tomar una decisión.

Holbert cogió las dos manos de la muchacha.

—Si te mudas, avísame inmediatamente. En otro caso, vendré

aquí con uno de los primeros ejemplares del libro —dijo.

—Me lo dedicarás, supongo.

—Puedes estar segura de ello, Penny.

Los dos se contemplaron en silencio durante unos instantes. Luego, él hizo una proposición:

—¿Qué te parecería si diésemos un paseo? Hace un día estupendo y, me parece, ambos necesitamos despejar un poco la cabeza.

—Es una idea magnífica —aprobó la muchacha entusiasmada.

—Además, quiero acercarme a Markstone Lodge.

—¿Para qué, Richard?

—No deseo volverme a Londres sin haber hecho algunas preguntas a la señora Langhry —dijo Holbert.

CAPÍTULO IX

La puerta del caserón estaba entreabierta y no tuvieron ningún obstáculo para entrar, aunque Holbert, por cortesía, usó la campanilla de llamada varias veces. El gran vestíbulo aparecía desierto, aunque en orden, y no se apreciaba en el interior la menor señal de vida.

De pronto, cuando ya desesperaban de encontrar a nadie, se oyó ruido de tacones. Sue Langhry apareció, con el bolso en el antebrazo izquierdo, calzándose los guantes.

—Ah, señorita Creighton... Señor Holbert... ¿Puedo servirles en algo?

Holbert se quedó mudo de asombro. Sue parecía otra, mucho más arreglada, sin canas en el pelo y con un aspecto completamente distinto al que ofrecía de forma habitual. Incluso estaba atractiva.

—Perdone, señora Langhry... Quizá la estemos molestando... —dijo, cuando al fin pudo hablar.

—Oh, no, en absoluto, aunque lo cierto es que iba a marcharme — contestó el ama de llaves—, Pero puedo demorarme unos minutos, con mucho gusto.

—Gracias. Sólo quería hacerle una pregunta, señora. ¿Dónde está el señor Marks?

—Salió anoche de viaje. No sé cuándo regresará, señor —contestó la mujer—. El señor Marks me abonó el salario de un año, a condición de que me cuide de la casa. Supongo, —añadió— que volverá antes de que se acabe ese plazo.

—¿Le dijo adónde se marchaba?

—Habló algo del extranjero, pero no le pregunté el lugar exacto. Soy una mujer discreta; el señor Marks me paga muy bien y no debo meterme en asuntos que no me importan.

—Pero quizá convendría que usted le enviase el correo a algún sitio —terció Penny.

—El señor Marks recibía muy pocas cartas, señorita. Por otra parte, no tenía deudas, salvo lo corriente: luz y demás. También me dejó algo de dinero para pagar esas pequeñas deudas, en caso necesario. Con la tienda estábamos al corriente, de modo que...

Holbert entendió que ya no tenían nada que hacer en aquella casa.

—Le ruego nos dispense, señora Langhry —dijo.

—Al contrario, ha sido un placer. Si me permiten... Por favor, voy a cerrar la casa...

Los dos jóvenes salieron fuera. Sue les siguió, dio dos vueltas a la llave, la guardó en el bolsillo y luego se despidió con una leve inclinación de cabeza.

Holbert tardó unos momentos en hablar. Cuando lo hizo, dijo:

—Penny, creo que hemos hecho el ridículo.

—¿De veras? Richard, no sé qué tal observador eres tú, pero yo diría que Sue se sentía muy contenta... por la «ausencia» de Marks.

—¿Eso es lo que piensas?

—Todavía más. Como los otros, sabe que ha sido asesinado, pero sus respuestas encierran una negativa tajante que no podemos ignorar — Penny puso una mano en el brazo del joven—. Sólo nos queda un recurso, el que tú mencionaste antes: dejar pasar el tiempo. Un día, alguien perderá esta momentánea fortaleza de ánimo, hablará... y se descubrirá el pastel.

—Si —convino él con un hondo suspiro—, es lo mejor.

Miró largamente a la muchacha y sonrió. De pronto, obedeciendo a un impulso irresistible, la abrazó y la besó con fuerza.

Al separarse, dijo:

—Volveré lo antes que me sea posible, Penny. Adivina lo que te pediré entonces.

La joven sonrió cautivadoramente.

—Creo que te lo concederé, Richard — contestó.

* * *

Durante las siguientes semanas, Holbert trabajó intensamente para ultimar la edición de su libro. Las antecríticas habían resultado muy elogiosas y se preveía un gran éxito. Holbert se sentía enormemente satisfecho; apenas se hubiera publicado el libro, viajaría a Hurlimore y...

Tendrían que estudiar y resolver un pequeño problema. ¿Se quedaría Penny a vivir de fijo en Oakss Tower? Si a él le encargaban otro libro, tendría que viajar... «Bueno, con un poco de voluntad y comprensión, se pueden resolver todos los problemas», pensó.

Había pasado ya mes y medio y el otoño estaba en puertas. Aquella tarde regresó a su apartamento un tanto cansado. Entonces, el conserje del edificio le entregó un telegrama.

—Ha llegado hace un par de horas, señor Holbert —declaró.

El joven abrió el sobre y extrajo una cuartilla. Dentro había un mensaje muy lacónico:

«Ven urgentemente. Penny»

Holbert frunció el ceño. ¿Qué le sucedía a la muchacha?

En Oakss Tower no había teléfono, así que no podía llamarla

para saber lo que pasaba. Debía emprender el viaje inmediatamente, decidió; Penny no le habría llamado tan apremiante, de no existir motivos muy poderosos para ello.

Dio las gracias al conserje y corrió hacia el ascensor. Momentos después, entraba en su apartamento, dispuesto a hacer el equipaje.

Entonces, sonó el teléfono. Levantó el aparato y dio su nombre:

—Holbert...

—¡Richard! —sonó la voz de Penny, llena de ansiedad—. Gracias a Dios que te encuentro en casa... ¿Has recibido mi telegrama?

—Sí, acaban de dármelo. Pero, ¿qué sucede, Penny?

—Es... algo horrible... No sé cómo decírtelo... Primero te envié el telegrama, pero me sentía muy nerviosa y se me ocurrió que debía comunicártelo de palabra... Oh, no estoy en Hurlimore; no me he atrevido a llamarte desde allí y he venido a la capital del condado...

—Por el amor de Dios, Penny, no me tengas sobre ascuas —exclamó el joven, lleno de aprensiones—. ¿Te sucede algo? ¿Alguien te ha hecho daño?

—Oh, no, por fortuna no me pasa nada, pero... ¡El está aquí, Richard!

—¿El? ¿A quién te refieres?

—¡Marks! —gritó la joven—. *¡Martin Marks ha vuelto!*

Durante unos momentos, Holbert sintió que la cabeza le daba vueltas. Luego pensó que

Penny desvariaba, pero rectificó de inmediato. No, Penny era una muchacha equilibrada, sensata... Podía estar engañada, pero en ningún momento se podía decir que hubiese perdido la razón.

Holbert, aturdido, calló. Penny se sintió inquieta.

—Richard, ¿por qué no me contestas? —exclamó.

—Discúlpame, estoy aturdido... Penny, ¿tienes la absoluta seguridad de que Marks está vivo?

—Sí, estoy completamente segura. Oh, yo misma lo he visto, hoy... Esta mañana... ¿Vendrás? —preguntó ella ansiosamente.

—Mañana por la mañana me tendrás allí —aseguró Holbert—, Mientras tanto, no hagas nada. ¿Dices que estás en la capital del condado?

—Sí, me pareció lo más prudente...

—Hasta Hurlimore son dieciséis millas. Escucha, Penny; toma una habitación en un hotel y no vuelvas a tu casa hasta que sea de día. Nos encontraremos allí... —Holbert consultó su reloj—. Hacia las diez y media, las once como máximo. ¿De acuerdo?

—Gracias, querido. Ahora me siento mucho más tranquila...

—No te atormentes más. A fin de cuentas, tú no tienes nada que reprocharte. Ya me entiendes, ¿verdad?

—Sí, Richard. Oye, quiero decirte una cosa...

—Habla, por favor.

—Te he echado mucho de menos, querido.

—Yo también a ti, Penny. Mañana nos veremos.

Holbert colgó el teléfono, terriblemente impresionado por la noticia que acababa de recibir.

Marks estaba vivo. Parecía imposible; él mismo había visto su cadáver, ensangrentado, incluso desfigurado, ya que había recibido algunas puñaladas en el rostro…

Y, sin embargo, Penny estaba segura de lo que decía y no era propensa a fantasías ni alucinaciones. ¿Qué enigma se encerraba en la inesperada reaparición de un hombre que, según todas las apariencias, había sido asesinado *dos veces*?

—Mañana conoceremos la verdad sobre el misterioso Martin Marks —resumió finalmente sus reflexiones.

* * *

El día era gris y las nubes se deshilaban lentamente entre los árboles que flanqueaban la carretera. Los limpiavidrios del parabrisas se movían con rítmica regularidad, debido a la fina lluvia que caía incesantemente.

Hurlimore y sus alrededores ofrecían un aspecto completamente distinto del que Holbert conocía. Ahora todo estaba lleno de humedad y todas las plantas y el suelo estaban cubiertos de agua. Las hojas brillaban a causa de la lluvia, pero era un brillo mortecino, melancólico, que no contribuía en nada a mejorar al triste ambiente del paisaje.

Holbert atravesó Hurlimore sin detenerse. Ya tendría tiempo de volver a la taberna.

Cuando salió del pueblo, pasaban unos minutos de las diez y media.

Poco después, y desde un punto donde la carretera remontaba una ligera pendiente, avistó Oakss Tower. Avanzó un centenar de metros más y entonces divisó una silueta humana que se acercaba a la casa.

Era un hombre, no cabía duda. Caminaba con largas zancadas y parecía joven y robusto. Aunque no podía distinguir sus facciones, Holbert adivinó inmediatamente su identidad. Caminaba con la cabeza inclinada hacia adelante, porque la lluvia le daba de frente, debido a la ligera brisa que soplaba con intermitencias. Además, llevaba impermeable con la capucha puesta. Holbert se fijó en estos detalles y, en el mismo instante, concibió una idea y decidió ponerla en práctica.

La distancia era de unos trescientos metros. El hombre no se

había fijado en el coche. Holbert estaba seguro de no haber sido visto.

Sin pérdida de tiempo, se apeó del automóvil y se puso el impermeable. Una gorra a cuadros le protegía la cabeza de la lluvia. Tenía paraguas, pero en aquellos momentos, pensó, resultarla un estorbo.

Inmediatamente, echó a correr hacia la casa. Cuando llegaba a las proximidades, se alejó un poco, para llegar por la parte posterior, a fin de no ser visto desde las ventanas delanteras. En pocos segundos alcanzó la trasera y tanteó la puerta que daba a la cocina.

Respiró aliviado; no estaba cerrada con llave. En silencio, la empujó y penetró en la casa. Allí mismo, se quitó el impermeable y la gorra y los dejó a un lado. Luego avanzó hacia las habitaciones de la parte delantera.

Abrió ligeramente la puerta de comunicación. La voz de Penny llegó en el acto a sus oídos.

—No pienso pagarle la nueva renta, señor Marks. Por lo menos, hasta que no haya vencido el contrato que firmé con Albertson...

—Albertson no era el dueño, sino su mujer.

—Tenía poderes legales para firmar el contrato. En todo caso, si insiste en que le pague la nueva renta, acuda al juzgado. Yo no pienso ceder, hasta, repito, que termine el contrato.

—Bueno, mujer, bueno, no se irrite tanto —rió el visitante—. Me disgustaría tener que meterme en pleitos con usted. Pero, de todos modos, podríamos encontrar una solución para evitamos problemas mutuos.

—¿Qué solución, señor Marks? —preguntó Penny.

El hombre soltó una risita baja, siniestra.

—¿No le han dicho a usted que es muy guapa?

Penny se puso rígida.

—Señor Marks, si mal no recuerdo, ya discutimos este extremo en la última ocasión que hablamos —contestó—. No tengo la menor intención de solucionar este conflicto de la forma que usted me propone...

—¡Eh, yo no he dicho nada! —protestó el sujeto.

—Se le entiende fácilmente —dijo ella con acento despectivo—. Vamos, que si ahora yo empezase a hacerle carantoñas, usted se olvidaría inmediatamente del aumento de la renta, ¿no es verdad?

Marks sonrió.

—Mujer, es que hay formas de pagar...

—Yo no pago mis deudas de esa repugnante manera —exclamó Penny—. Si tiene deseos de diversión, vaya al pueblo, allí abundan las mujeres dispuestas a complacerle... por cobardía o porque les gusta, tanto da. Y si no tiene nada más que decirme, le agradecerla que se marchase y me dejase en paz. Tengo trabajo.

—¿Tiene trabajo o esperé visita?

—Eso a usted no le importa, señor Marks.

El sujeto volvió a reír.

—Tengo entendido que el fotógrafo es un chico muy apuesto —dijo.

Holbert carraspeó en aquel instante. Luego abrió la puerta.

—Creo que se habla de mí —dijo tranquilamente.

Penny se volvió y lanzó una exclamación.

—¡Richard!

—Hola, querida —saludó el joven—. Señor Marks...

El visitante parecía desconcertado.

—Ah, el fotógrafo —dijo.

Holbert sonrió. Se acercó a la muchacha, pasó una mano por su cintura y luego se inclinó para besarle en una mejilla.

—Señor Marks, tengo el gusto de presentarle a la futura señora Holbert —dijo.

Penny sonrió feliz y apoyó la cabeza en el hombro del joven.

—¿Tiene algo más que decirme, señor Marks? —preguntó.

El sujeto aparecía pálido de rabia. Sin embargo, supo sobreponerse a la sorpresa y forzó una cortés sonrisa.

—Les felicito —dijo—. Hacen una pareja realmente encantadora. Serán muy dichosos y alegrarán su hogar con tres o cuatro preciosos chiquillos. Francamente, les envidio.

—Gracias —contestó el joven—, Pero creo que mi prometida le ha preguntado si tenía algo más que decirle.

—No. Ya he hablado bastante. Ella conoce el tema y encontrará una solución.

—La he encontrado ya —declaró Penny con firmeza—. Si quiere aumentarme la renta, vaya al juzgado; de otro modo, no pagaré más de lo que figura en el contrato.

—Bueno, eso puede esperar —dijo Marks con aparente benevolencia—. Tampoco me van a ahorcar por mil libras más o menos.

—Vino a tantear el terreno, ¿eh? —terció Holbert cáusticamente.

—¿Por qué no? —admitió Marks sin pestañear—. Ella es muy guapa...

—Salga de aquí —ordenó el joven—. Salga o no respondo de mí. Aunque la casa sea suya, mi prometida es quien la habita y no le permite seguir aquí un segundo más de lo necesario.

Marks agitó las manos como si pidiera paz.

—Calma, amigo mío, calma —rogó—. No llevemos las cosas a extremos tal vez irreparables. Somos personas civilizadas, creo.

—Por eso mismo no le he echado a patadas —rezongó Holbert —, Pero ya es hora de que le perdamos de vista.

El pelirrojo se dirigió hacia la puerta. Antes de salir, se volvió y sonrió abiertamente.

—Permítame una pregunta, Holbert. ¿Se hospedará en la taberna de Fannie Douglas?

El joven vaciló. Penny dio la respuesta en su lugar.

—Se quedará aquí y eso es algo que no le importa —dijo.

—Muy bien... —Marks soltó otra de sus risitas—. Sólo pensaba invitarle a una copa del exquisito aguardiente de cerezas que fabrica Fannie... como las ocasiones anteriores... En fin, si se queda en Oakss Tower... Bueno, eso es algo que hoy día no tiene ninguna importancia. Muchas parejas, antes de la boda...

—¡Salga, salga de aquí! —gritó Penny con voz crispada—, Pero, ¿qué clase de hombre es usted? ¿Cómo se atreve a imaginar cosas que no existen sino en su asquerosa mente?

Holbert cerró los puños y dio un paso hacia adelante. Sin dejar de reír, Marks se caló la capucha del impermeable, abrió la puerta y salió de la casa.

CAPÍTULO X

Holbert vio una botella en una estantería y la cogió, para llenar dos copas. Penny parecía terriblemente alterada.

—Tranquilízate —dijo, al entregarle la copa llena—. Las palabras, a veces, resultan muy desagradables, pero se pueden soportar con un poco de voluntad.

—Ese hombre... —Penny tomó un sorbo de licor—. Es... odioso... No ha cambiado en absoluto...

—. ¿Y por qué había de cambiar, si es el mismo?

—No lo entiendo. Fue asesinado dos veces y está vivo... Es un enigma que me resulta absolutamente incomprensible, Richard. Holbert sonrió, mientras la conducía al diván. —A ver, cuéntame, cuándo lo viste por primera vez —pidió.

—Ayer por la mañana. Había ido al pueblo a comprar provisiones y me lo encontré en la tienda. Apenas se marchó, te envié el telegrama... la tienda es también estafeta de correos y telégrafos... pero más tarde, me pareció que sería conveniente hablar contigo y fui a la capital del condado...

—De modo que lo han visto en el pueblo —dijo Holbert.

—¿Que si lo han visto? ¡Están aterrados, Richard! Estuvo un buen rato, dando vueltas por todas partes, pavoneándose constantemente, de aquí para allá, disfrutando del asombro y del pánico que su presencia provocaba entre las gentes de Hurlimore... Te aseguro que hay en el pueblo un miedo general, un pánico atroz, como no puedes imaginarte...

Holbert entornó los ojos.

—Podría dudarse de la primera muerte. El cadáver quedó irreconocible a causa de la descarga... pero, la segunda vez... Por todos los diablos, yo mismo vi cómo lo acuchillaban salvajemente... No me lo ha contado nadie, como en la primera ocasión. Lo presencié todo con absoluta claridad y no había probado una sola gota de alcohol...

Nervioso, empezó a pasearse por la sala, pero se detuvo a los pocos instantes.

—Debemos conservar la tranquilidad —sonrió—. A fin de cuentas, no tiene nada contra nosotros. Salvo, claro, el aumento de la renta.

—Pero tengo miedo, Richard —confesó la joven.

Holbert observó que el cuerpo de Penny se agitaba por los

escalofríos. Preocupado, puso una mano en su frente, pero no observó síntomas de fiebre.

Volvió la cabeza. La chimenea estaba apagada.

—Tienes frío —adivinó.

Minutos más tarde, ardía un alegre fuego en el hogar. El ambiente empezó a caldearse. Lentamente, Penny volvió a recobrar su buen ánimo.

—Richard, has hecho un largo viaje y pronto será mediodía —dijo—. Voy a preparar el almuerzo.

—Sí, es una buena idea —convino él.

Penny se alejó. Holbert encendió un cigarrillo, situado junto a la ventana. La lluvia continuaba cayendo mansamente, pero sin ceder en su intensidad un solo instante.

Poco después, Penny se dispuso a preparar la mesa.

—Se me está ocurriendo una idea —dijo Holbert de pronto.

—¿Sí, Richard?

—Yo no puedo creer en la «resurrección» de un sujeto al que vi morir a puñaladas. Y entonces, la duda más lógica es: el hombre que te ha visitado hace poco es un impostor... o el que murió en la taberna era el impostor.

—Es él, Martin Marks —dijo Penny—, Le conozco muy bien. Y él también te ha reconocido.

—Si me vio en la casa, tuvo que suponer que yo era Richard Holbert.

—¿Sí? ¿Qué me dices de la invitación a tomar una copa en la taberna, como en otras ocasiones? Richard, yo lo vi en el pueblo, saludando a unos y a otros. No sé qué pudo pasar antes, pero Marks tenía un doble que ocupaba su lugar, cuando él se marchaba, Dios sabe por qué. Naturalmente, el doble y él se veían ocultamente y el primero le contaba todo lo que había hecho, para que Marks no cometiera errores que pudieran descubrir la impostura.

—Bien —dijo Holbert—, lo que acabas de decir parece muy razonable. Pero, a pesar de todo, en el misterioso Martin Marks hay algo que todavía no tiene explicación plausible.

—¿De qué se trata, Richard?

—¿Por qué hace todo eso, Penny?

Hubo un momento de silencio. Un tronco chasqueó al partirse. Holbert fue a la chimenea y arregló el fuego.

—Penny —dijo al cabo—, después de almorzar, iré al pueblo. Debo hablar con algunas personas, para ver de saber qué es lo que sucede.

—Con una condición —respondió ella.

—Dime, querida.

—Antes dije que tenía miedo. Hay un par de dormitorios de

sobra. Ven aquí esta noche.

—Descuida, seré tu huésped —accedió él sonriendo.

* * *

La taberna estaba vacía cuando Holbert entró, sacudiendo el impermeable. Fannie le miró con ojos de pasmo.

—Richard —murmuró.

—No tienes mucha clientela, ¿verdad? —sonrió el joven.

El opulento pecho de Fannie se agitó tempestuosamente.

—Están en sus casas, muertos de miedo —contestó.

—Sí, me lo imagino. ¿Me sirves una copa, por favor?

—Claro.

Holbert observó que también Fannie estaba muerta de miedo. La inesperada reaparición de Marks había sumido al pueblo en un estado de terror absoluto.

Bebió un poco de aguardiente y luego se apoyó en el mostrador.

—Fannie, ahora ya no puedes negar la evidencia — dijo — Alguien murió asesinado en la taberna aquella noche. Yo lo vi y es algo que jamás olvidaré. Pero ahora resulta que Mark está vivo, que ha «resucitado» por dos veces. ¿Qué opinas tu sobre el particular?

—La primera vez que murió... Bueno, cuando él volvió a aparecer, se me ocurrió una idea, aunque entonces no lo con té a nadie. Pero ahora, después de «resucitar» por segunda vez, como tú dices...

—¿Cuál era la idea? —preguntó Holbert.

—Un hermano gemelo.

—Oh... Si, hubiera parecido posible, si sólo hubiese muerto una vez. Pero «murió» dos veces... Fannie, ¿qué dice la gente del pueblo a todo esto?

—Estamos llenos de miedo —confesó ella—. Creemos que Marks tratará de vengarse... Algunos piensan que es inmortal... que no puede morir, aunque lo corten en mil pedazos...

—¡Inmortal! —bufó Holbert—. Fannie, aquí hay truco. No sé cuál es, no tengo la menor idea de la trampa, pero puedes tener por seguro que, al menos en la segunda ocasión, Marks murió realmente. Quizá el primero era un doble, un sustituto, y también es posible que el que murió en esta misma sala, fuese también otro impostor, pagado por Marks, Dios sabe con qué fines. Pero, inmortal... Por favor, seamos sensatos, Fannie.

—Está bien. No es inmortal, pero vive. Dime tú cuál es la solución de este enigma.

—Eso tendría que decírnoslo el misterioso Martin Marks y no

creo que esté muy dispuesto a contarnos su truco. Truco, Fannie, no enigma —insistió el joven.

Ella asintió con un leve gesto. De pronto, Holbert notó cierta ausencia.

—¿Dónde está Elsa? —preguntó.

—La despedí. Coqueteaba mucho con los clientes. No quería problemas con su padre.

—Entonces, tenías razón al cerrarme la puerta —sonrió Holbert.

—Sabes bien por qué lo hice —contestó ella con voz apagada.

La puerta de la taberna se abrió inesperadamente. Albertson entró, cerró el paraguas, lo sacudió en un rincón y luego se acercó al mostrador.

—Ah, señor Holbert, celebro verle —saludó cortésmente—. Fannie, ¿quieres darme una copa?

—Sí, al momento.

Albertson se volvió hacia el joven.

—Supongo que ha venido a Hurlimore a causa de la noticia —dijo.

—En efecto, así es —respondió Holbert.

—Bien, en tal caso, creo que debe saber algo interesante

—Albertson agarró la copa y la vació de un trago—. Me llevaré la botella, Fannie, creo que la vamos a necesitar.

—Como guste, Lionel —accedió la mujer.

—Vamos a exhumar, por segunda vez, los restos de Martin Marks —anunció el alcalde—. Y esta vez, si están en el ataúd, lo quemaremos y esparciremos las cenizas de modo que no vuelva a resucitar jamás.

—Ah, usted también cree que es inmortal —dijo Holbert con sarcasmo.

—Por si acaso, nos aseguraremos de que no vuelva a la vida —contestó Albertson secamente.

—Alcalde, implícitamente ha admitido el asesinato de Marks. Yo no dudo de que tengan motivos para desear su muerte, pero, ¿no le parece que, al menos en la segunda ocasión, hicieron algo castigado por la ley?

Albertson vació su copa y se enfrentó con el joven.

—Acerca de la ley, el pueblo de Hurlimore, y yo, como su representante, también tengo algo que decir, aunque ahora no es la ocasión. Vamos a desenterrar a Marks, antes de que se haga de noche, y allí mismo, en el cementerio, quemaremos sus restos. Ya tenemos la leña preparada y, créame, cuando hayamos terminado, no quedará de él la ceniza suficiente para llenar una pipa.

Albertson agarró la botella y se dirigió hacia la puerta, sin añadir una sola palabra más.

Holbert estuvo contemplándolo unos instantes, hasta verlo desaparecer bajo la lluvia. Luego se volvió hacia la dueña del local.

—Fannie, ¿qué opinas?

—Llevaré dos botellas al cementerio —contestó ella—. Pero una estará llena de petróleo, para encender la leña.

Holbert asintió.

—Sí, seguramente no habrá bastante con una sola botella de licor —dijo.

Puso una moneda sobre el mostrador y echó a andar hacia la puerta.

—Allí nos veremos, Fannie. —Sí, Richard.

* * *

Penny había querido asistir a la tétrica ceremonia. Holbert, precavido, había llevado una cámara fotográfica.

Bajo la lluvia, los hombres trabajaban activamente, relevándose con frecuencia en el manejo de las palas. Fannie iba y venía con las botellas, confortando a los espectadores de la escena, entre los que figuraban algunas mujeres, Cynthia Bahler entre ellas.

Reinaba una tensión intolerable. Cerca de la tumba, en un espacio relativamente despejado, se veía un gran montón de leña seca, cubierta por el momento con una lona impermeable. Sería una cremación al estilo de la India, pensó Holbert.

De cuando en cuando, exploraba con la vista los alrededores. Tal vez Marks estaba muy cerca, como en la ocasión en que fue enterrado por primera vez. Si era así, delatarla su presencia inmediatamente, se prometió.

La luz empezaba a ser escasa. Algunos prepararon los faroles que habían llevado a prevención. La lluvia continuaba cayendo sin cesar. En las ramas de los árboles y los arbustos se agarraban hilachas de niebla.

De pronto, se oyó el tétrico sonido que hacía una pala al chocar contra la madera del ataúd. La tensión se hizo casi histerismo.

Varios hombres saltaron al fondo de la sepultura y, con las manos, apartaron precipitadamente los restos de tierra que aún quedaban. La gente se agolpó en torno a la fosa recién abierta.

Holbert figuraba en primera fila, con la cámara preparada. Dos hombres levantaron la tapa del ataúd. Las bisagras, oxidadas, chirriaron lúgubremente.

De súbito, se oyó un alarido general, proferido por decenas de bocas al mismo tiempo.

—¡Está vacío!

—¡Vacío, vacío...!

—¡Marks ha vuelto a resucitar!

—¡Es inmortal!

Holbert no creía en lo que estaba viendo. Por segunda vez, Marks había vuelto a salir de su tumba...

Inesperadamente, se oyó una burlona carcajada que sonaba a poca distancia.

Era una risa espectral, que parecía provenir de otro mundo. Las carcajadas sonaban estridentemente, casi tableteantes, con acentos realmente estremecedores.

El pánico se apoderó bruscamente de todos los presentes. Una desbandada general se produjo en el acto y, en pocos segundos, el cementerio quedó vacío.

Holbert y Penny fueron los únicos que quedaron en las inmediaciones de la tumba. El joven vaciló un momento, pero, al fin, acabó por disparar la cámara un par de veces. Los fogonazos del «flash» dispersaron la creciente penumbra durante fracciones de segundo.

Luego, Holbert se reunió con la muchacha. Ella le miró, debajo de la capucha de su impermeable amarillo.

—Volvamos a casa —propuso él.

—Sí, Richard.

La distancia era relativamente breve, apenas una milla, pero cuando llegaron a la casa, era ya de noche cerrada. Holbert se aplicó inmediatamente a la tarea de encender la chimenea.

—¿Té, Richard? —sugirió Penny.

—Sí, gracias.

La joven se fue hacia la cocina. Holbert quedó en el mismo sitio, contemplando las llamas fijamente. Aquella risa diabólica...

¿Les había estado espiando Marks?

De repente, se le ocurrió una idea. Agarró una linterna y se puso el impermeable. Fanny llegó con la bandeja del té, en el momento en que se disponía a salir.

—Richard, ¿adónde vas? —se alarmó la muchacha.

—No te preocupes, volveré muy pronto —respondió él—. Quédate tranquila; no sucede nada... pero quiero comprobar algo... Francamente, no podría dormir esta noche si no supiese a ciencia cierta de qué se trata.

—¿No puedes decirme qué es, querido?

Pero él joven no contestó. Ya se había perdido en la cerrada oscuridad del exterior.

CAPÍTULO XI

Los tormentos de Penny no duraron indefinidamente. Con relativa sorpresa, vio reaparecer a Holbert antes de una hora.

El joven llegó muy satisfecho, Después de quitarse el impermeable, empezó a descalzarse junto a la chimenea.

—Cariño, sé que habrá una buena cena, pero antes, ¿no querrás darme una copa?

—Claro —sonrió ella—. La estás necesitando, me parece,

Holbert movió los pies descalzos a poca distancia del fuego. Sentado en una butaca, tenía las piernas estiradas y se dispuso a encender un cigarrillo.

—La tumba sigue vacía, por supuesto —dijo—. Tal como quedó cuando la gente del pueblo huyó a la desbandada, Pero a mí no me interesaba un ataúd vacío.

—Supongo que ahora me dirás lo que buscabas en el cementerio, porque parece que es de allí de dónde vienes.

—Sí, en efecto. Penny, aquí hay un enigma que, una vez aclarado, puede que hasta nos haga reír. Pero yo no creo en ciertas fantasías, como la inmortalidad de un hombre que murió dos veces. Y no fue Marks el que lanzó aquella burlona carcajada que llenó de pavor a todos los habitantes de Hurlimore.

—¿No sería su espectro? —preguntó ella de buen humor.

—Bueno, en realidad, si, fue Marks, pero no estaba allí, sino a cierta distancia... La risa tenía un sonido peculiar y lo confirmé cuando encontré un altavoz escondido en unos matorrales cercanos.

Penny lanzó una exclamación de asombro.

—¿Un altavoz?

—Como lo oyes. Naturalmente, estaba unido a un cable, que terminaba, sin duda, en un micrófono cuya ubicación no me molesté en buscar. Me bastaba con el altavoz para saber lo ocurrido.

—Marks estuvo viéndolo todo y, cuando creyó llegado el momento, sin duda, pero con unos prismáticos, pudo verlo todo sin demasiada dificultad. Incluso escucharla los gritos que se profirieron cuando se abrió el ataúd y se encontró vacío, por segunda vez. Y entonces, empezó a reír...

Penny se sentó en un redondo taburete, juntó las rodillas y apoyó los codos en ellas.

—Richard, ¿cuál es tu opinión?

—Hoy mismo, Fannie me dijo algo que me ha hecho pensar

mucho. Es una idea que desechó cuando Marks murió por segunda vez, pero, en el fondo, puede que tenga algo de razón.

—¿Es interesante?

—Podría serlo. Dos hermanos gemelos.

Ella se enderezó en el acto.

—Dos gemelos...

—El primer muerto, quizá, fue un impostor. El segundo era un auténtico Marks. Y el tercero, el que hemos visto hoy mismo, es el otro hermano gemelo.

—Richard, si eso es cierto, entonces hay algo en lo que no hemos reparado todavía — dijo la muchacha.

—¿Sí, Penny?

—Supongamos que el Marks, que ha estado hoy aquí, es el gemelo superviviente. Demos ya por sentado que el primero que murió fue un impostor; y no nos preocupemos por ahora de los motivos que impulsaron a los Marks a emplear un sustituto. Ahora el problema que debemos resolver es: ¿quién está de su parte?

Holbert se irguió en el sillón.

—¿Has dicho que hay alguien que está de su parte?

—Para mí, ya no hay duda posible —contestó la muchacha firmemente—, Marks estuvo ayer en el pueblo, dejándose ver, hablando con unos y otros... y te reconoció hoy inmediatamente. Alguien le asesora, le ayuda, le da informes... pero no se me ocurre quién pueda ser.

—Quizá, como son tan parecidos, se intercambiaban los períodos de estancia en Markstone Lodge —apuntó él.

—Y así se comunicaban las novedades...

—Tal vez, pero también hay algo en lo que no hemos reparado hasta ahora. Y mañana iré al pueblo a averiguarlo, Penny.

—¿De qué se trata?

—¿Quiénes son los Marks? ¿Por qué están aquí? ¿De dónde vienen?

—Yo no lo sé —respondió la muchacha—. Cuando llegué aquí ya estaba establecido y no me preocupé demasiado de sus orígenes. A decir verdad, no me preocupé en absoluto. Sin embargo, creo que hay en Hurlimore una persona que podrá sacarte de dudas a ese respecto.

—Dime su nombre, por favor —rogó Holbert.

—Nick Blake. Es un hombre ya bastante viejo, pero conoce la comarca como nadie. Una vez oí, así de pasada, que tiempo atrás había trabajado como jardinero en Markstone Lodge, aunque de eso debe de hacer ya muchísimos años. Estoy segura de que él sabe muchas cosas y no creo que tenga inconveniente en hablar contigo.

—Iré a verle por la mañana sin falta —prometió el joven—. Penny, estoy muerto de hambre. ¿Cuánto tardará la cena?

Ella se levantó vivamente.

—Dame quince minutos, por favor —rogó.

—Desde luego. Oye, ¿cómo has dicho que se llama ese veterano?
—Blake, Nick Blake —contestó la muchacha.

* * *

—¿Los Marks? A los jóvenes, es decir, a los que se dice que han muerto, no los he conocido. Al padre sí, y créame, señor Holbert, no era mejor que las dos fieras que nos han estado atormentando durante todo este tiempo.

Holbert contempló unos momentos a su anciano interlocutor. Nick Blake parecía tener lo menos cien años. Ya no podía valerse por sí mismo y se pasaba el día, atendido por su nieta, una guapa joven de unos veinticinco años que se afanaba constantemente en los trabajos de la casa.

Pero usted conoció al padre —dijo Holbert.

—Hace ya más de cuarenta años, Era más joven que yo y tenía un genio infernal. Se dice que tuvo que marcharse del país, para no tropezar con la justicia en un caso de estafa. Entonces, a pesar de que ya no era un muchacho, todavía estaba soltero. Creo que se casó en el extranjero. Desde luego, los hijos eran suyos. Cuando vi a Martin por primera vez, creí que era el padre que había vuelto después de tantísimos años.

—Entonces, se casó en el extranjero y no sabe más detalles.

—No. El viejo no volvió nunca más a Inglaterra. Aquí tenían un administrador, que se encargaba de todas las propiedades. Al morir, su hijo tomó la administración a su cargo, pero cuando llegó Martin, le relevó de todos sus deberes sobre el particular. Eso es todo lo que puedo decirle, señor Holbert; lo que fue, de lo que Martin pudo haber hecho antes de venir a Markstone Lodge, no tengo la menor idea.

Holbert sonrió, a la ver que palmeaba una de las rodillas del anciano. Luego, discretamente, puso en su mano un billete de cinco libras.

—Para que se tome unos tragos a mí salud —dijo.

—Espero que mi nieta me traiga la botella —dijo Blake maliciosamente—. Ella es más comprensiva que su madre, aunque, por fortuna, la otra no para ahora en casa.

—Es decir, su hija.

—Sí, Sue. Está en Markstone Lodge...

Holbert se puso rígido.

—¿Su hija es... Sue Langhry?

—En efecto. Langhry es el apellido de mi difunto yerno. ¿No lo

sabía usted?

El joven recordó haber oído algo acerca de que Sue vivía con su anciano padre y una hija casada. La joven se llamaba Mary Wheeler, y éste era el apellido de su esposo.

Tendría que hablar con Sue y apretarle las clavijas, pensó. Estaba seguro de que Sue sabía muchas más cosas de las que aparentaba.

Se despidió del anciano y salió a la calle. Mary le acompañó hasta la puerta. Era una joven robusta, de sólidos pechos y rostro agraciado. Se preguntó si era una de las que habían tenido que ceder ante las poco honestas exigencias de Marks.

Mary le miró fijamente.

—Sé lo que está pensando —dijo—. No ocurrió cómo cree, pero él me dio una pócima en cierta ocasión, y se aprovechó de que no sabía lo que hacía. Por fortuna, mi esposo no se enteró...

—No seré yo quien desvele su secreto, señora Wheeler —contestó el joven.

—Debería hablar con mi madre. Creo que está loca. Ha jurado una y mil veces no volver más a Markstone Lodge, pero en cuanto él la llama, acude como una mansa oveja... Si sigue allí, acabará muy mal.

—Lo intentaré. Haré todo lo que pueda —prometió el joven.

Penny se quedó estupefacta al conocer la noticia.

—No me lo puedo creer —manifestó—. Pero, ¿cómo no lo hemos sabido antes?

—¿Se nos ocurrió siquiera preguntar a alguien por la familia de Sue? Sabíamos que era viuda y que, cuando no está en Markstone Lodge, vive con su padre y la hija casada, pero no pasamos de ahí. Ella trabaja como ama de llaves de Marks, pero también dábamos por sentado que no diría nada, si la interrogábamos.

Es cierto —concordó Penny—, Pero eso también demuestra una cosa. Bueno, por lo menos, casi confirma nuestras sospechas. Marks tenía un cómplice en el pueblo, que le informaba de lo que había hecho su hermano muerto. Ese cómplice es la señora Langhry. Y ahora, claro, está ayudando al tercer Marks. Bueno, el segundo en realidad, porque el primero era un impostor.

Holbert asintió pensativamente.

—No sabemos qué pudo impulsar a Martin Marks a colocar a un impostor en su sitio, y no sé si llegaremos a saberlo. Pero estoy de acuerdo contigo: si los dos Marks, el segundo muerto y el actual, han sabido cosas del pueblo, detalles de las personas, datos tuyos y míos, ello se debe sin duda al ama de llaves. Es su cómplice, no sé si por dinero o por miedo... Cuando él la ordenó en la taberna que volviese a Markstone Lodge, Sue estaba loca de pánico.

—Lo cual no impide que se aproveche tal vez de un salario

desusadamente alto —alegó la muchacha.

—Eso es muy cierto —respondió Holbert—, Bueno, puede serlo. Marks se la lleva por miedo y luego, para tranquilizarla, y también para asegurarse su silencio, le paga un excelente salario. El dinero acalla muchos escrúpulos, Penny.

—No me cabe la menor duda — dijo ella. De pronto, miró a través de la ventana y lanzó una exclamación. ¡Viene alguien, Richard!

Holbert corrió hacia la puerta. Fannie llegó en una furgoneta, de la que se apeó en el acto.

—Joshua Bahler ha sido asesinado —exclamó, terriblemente excitada—. Lo han encontrado hace unos minutos, colgado de una viga de su granero.

Holbert y Penny se estremecieron de horror.

—Era el esposo de Cynthia —dijo él, recordando cierta escena vista hacia tiempo.

—Sí, y había jurado en más de una ocasión matar a Marks... Pero también se dice que no quería pagar la renta de las tierras...

—Fannie, ¿qué piensan hacer en el pueblo? —preguntó el joven.

—Se han reunido todos, bajo la presidencia de Albertson, y están juzgando a Marks — contestó Fannie dramáticamente.

—¿Lo han arrestado? —se asombró Holbert.

—No. Cuando termine el juicio, irán a Markstone Lodge a ejecutar la sentencia.

Holbert se volvió hacia la muchacha.

—Creo que debo ir a Markstone Lodge —dijo.

—Te acompañaré —contestó Penny.

—Yo me vuelvo a casa... Por nada del mundo, querría ir a ese horrible lugar —confesó Fannie.

Echó a correr hacia la furgoneta y se marchó sin perder un segundo. Penny empezó a equiparse.

—¿Qué piensas hacer, Richard? —preguntó.

—Todavía no lo tengo decidido, pero creo que debo impedir que los vecinos de Hurlimore cometan un error que puede atormentarles durante el resto de sus días. Ya mataron a uno de los Marks; dos, me parece, sería excesivo. Pienso en ellos más que en el propio Marks, ¿me comprendes?

—Sí, estoy de acuerdo contigo —respondió Penny.

CAPÍTULO XII

Marks sacó el revólver de la mesilla de noche y revisó el tambor. Estaba vacío, pero no pareció sentirse disgustado, sino que el conocimiento del detalle le arrancó una sonrisa, como si se sintiese muy divertido.

Bajó al salón. En un escritorio de persiana, tenía una caja de cartuchos. Lenta, parsimoniosamente, recargó el revólver. Sue abrió la puerta en aquel momento.

—Entra, entra —dijo él, a la vez que enseñaba el arma—. Esta vez, he tenido la precaución de examinarlo antes de utilizarlo.

Ella le dirigió una honda mirada.

—¿A quién vas a matar ahora? —preguntó.

—Si no me provocan, a nadie. Pero no dejaré que me ocurra lo mismo que a los otros dos, ¿comprendes?

—Te marchaste muy temprano y has vuelto antes de que se hiciera de día.

—Sí, tenía que ajustar las cuentas con un tipo algo reacio a pagar sus deudas —Marks rió cínicamente—. Además, a ella, supongo, no le importará quedarse viuda. A ti tampoco te importó en su día, ¿verdad?

—Eres un monstruo...

Marks se encogió de hombros.

—Los celos te hacen desvariar, Sue —contestó—. Compréndelo, tu época ya se pasó. Eras muy guapa y ardiente, pero los años no pasan en balde. Aunque, claro, dejaste una digna heredera de tus encantos físicos.

Ella le apuntó con el índice.

—Deja en paz a Mary, ¿me oyes? Si te acercas a ella, te...

Marks dio unos cuantos pasos, miró fijamente al ama de llaves y luego, inesperadamente, le asestó un tremendo bofetón, de revés, tirándola por tierra.

—Sue, tú no eres nadie para dictarme lo que debo hacer —exclamó airadamente—, Y menos, después de lo que pasó con tu marido. Si a mí me sucediese algo, tú no lo pasarías mejor, créeme.

—Yo no hice nada, fue el otro, el primero que estuvo aquí, el que se hada pasar por tu hermano Martin...

Holbert y Penny habían llegado unos momentos antes. Al encontrar la puerta abierta, se habían colado en la casa sin llamar. Ahora estaban junto a la puerta del salón, escuchando el amargo

diálogo que sostenían Marks y su ama de llaves

—Es posible que no hicieras nada —dijo Marks—. Pero las apariencias te comprometen tanto como a Martin.

—Si intentas algo contra mi hija, arrostraré las consecuencias —advirtió la mujer, todavía en el suelo.

—Ya veremos. De momento, lo mejor será que te mantengas al margen. Esos estúpidos aldeanos creen que van a poder hacer algo contra mí. Les demostraré qué clase de hombre es un Marks... Les haré pagar caras las muertes de mis dos hermanos...

—¿Tus dos hermanos? —repitió Sue, estupefacta.

—¡Si! —gritó el sujeto—, ¡Éramos tres! Trillizos, para que lo comprendas, y tan parecidos como sendas gotas de agua. Martin era el mayor y vino a arreglar los asuntos de la herencia. Tony le seguía y desempeñó aquella comedia cuando se enteró por ti de lo ocurrido. Yo soy Denis, el más pequeño de los tres... Bueno, sólo unos minutos de diferencia, pero es lo mismo...

De pronto, lanzó una estridente carcajada.

—Tony se divirtió muchísimo cuando sacó el cuerpo de Martin de la tumba. Había venido a verle y se encontró con que había sido asesinado. Luego se marchó, porque tenía asuntos importantes que resolver, pero volvió diez meses más tarde, tomando el puesto de Martin. Me escribió largas cartas, me daba detalles de todo lo ocurrido... y yo vine cuando supe que él había sido asesinado. También vacié la tumba...

Marks frunció el ceño bruscamente. Estuvo unos segundos callado y luego, con gesto repentino, corrió hacia la puerta y la abrió de golpe.

Holbert y la muchacha aparecieron ante su vista. Marks se sorprendió en el primer momento, pero no tardó en reponerse y lanzó una estentórea carcajada.

—¡Vaya, miren quién está aquí! La pareja de cotillas, a los que les gusta chismorrear y meter las narices donde no les importa... ¿Por qué no dijeron que estaban aquí y les hubiera invitado a pasar, para que oyeran todo con más facilidad?

—Ya hemos oído bastante —contestó Holbert—. Con lo que sabemos, será más que suficiente para que lo arresten...

Marks levantó el revólver.

—¡Quietos! —ordenó—. No saldrán de esta casa, mientras yo no quiera y, me parece, es lo último que deseo en este mundo.

—¿Piensa matamos?

—¿Sabe alguien que están aquí?

Holbert señaló al ama de llaves.

—Sue...

—Ella no dirá nada. Callará, como en otras ocasiones, ¿no es

verdad, Sue? —rió Marks.

La mujer se había puesto en pie y se alisaba la falda maquinalmente. —Lo que tengo que decir, ya lo diré en su momento —contestó.

Aquella respuesta pareció enfurecer a Marks. Inesperadamente, giró en redondo y apretó el gatillo tres veces.

—Maldita… tú dejaste el revólver descargado para que mis hermanos muriesen… Sue gritó agudamente, agitó los brazos y cayó al suelo. En el mismo instante, Holbert saltó hacia adelante y, de un manotazo, hizo saltar el revólver por los aires.

Marks lanzó un rugido de rabia. El joven disparó su puño derecho y el dueño de Markstone Lodge cayó de espaldas, aturdido, pero aún consciente, junto al cuerpo de su víctima.

Sue se debatía en los espasmos de la agonía. Holbert se inclinó hacia él.

—Otras muertes no podrán ser probadas, pero ahora hay dos testigos que declararán haberle visto disparar contra la señora Langhry.

Marks sacudió la cabeza, como para disipar las brumas que velaban sus ojos. Luego, reaccionando, se arrastró por el suelo en busca del revólver, pero Holbert lo envió al otro lado de la sala de un fuerte puntapié.

En el mismo instante, se oyó ruido de motores en el exterior. Penny se había arrodillado junto a Sue y se levantó, para correr a la ventana.

—Richard, viene la gente del pueblo —anunció.

Segundos después, un tropel de hombres penetraba en la estancia. De una ojeada, Albertson se hizo cargo de lo ocurrido.

—La ha matado él —dijo.

Holbert asintió.

—La señorita Creighton y yo lo hemos presenciado —manifestó.

Marks se había puesto en pie y sonreía desdeñosamente.

—Bien, si, he reatado a Sue. Pero de la cárcel se sale, tarde o temprano; ahora ya no existe la pena de muerte…

—Se equivoca, Martin Marks —dijo Albertson con inusitada gravedad.

Hubo un momento de silencio. Luego, el alcalde hizo un gesto con la mano y cuatro hombres se precipitaron sobre Marks, sujetándolo de modo que no pudiera moverse.

Un quinto se le acercó por detrás y anudó sus muñecas a la espalda con una cuerda. Marks bramaba de furia y profería espantosas imprecaciones.

—¡Cállese de una vez! —gritó Albertson, con una energía que no había sabido mostrar hasta entonces—. Ya no es hora de que hable,

sino de escuchar lo que hemos resuelto hacer los vecinos de Hurlimore.

—Me entregarán a la justicia, supongo —dijo el asesino.

—Ya está en poder de la justicia, Martin Marks.

Holbert se acercó a Albertson.

—Perdone —dijo en voz baja—. No es Martin, sino Denis, el menor de los trillizos Marks. El alcalde dio un respingo.

—¿Ha dicho trillizos?

Holbert fijó la vista en el prisionero y se estremeció. En el rostro de Marks había una expresión demoniaca, de maldad infinita.

—Sí, tres hermanos… aunque a veces pienso si no eran una sola alma para tres cuerpos —dijo.

—Es lo mismo —contestó el alcalde—. Un hermano, dos o tres… Todos eran unos demonios y cometieron crímenes que merecen un castigo implacable.

Albertson sacó el pecho y, con voz campanuda, agregó:

—Denis Marks, el pueblo de Hurlimore se ha reunido para juzgar tus pecados…

—¡No tenéis autoridad sobre mí! —aulló Marks—, Exijo ser entregado a las autoridades del condado.

Albertson no se inmutó.

—En mil quinientos veintisiete, el rey Enrique VIII otorgó carta de privilegio a los habitantes de Hurlimore, autorizándoles para constituir tribunales regulares que juzgaran los delitos cometidos en su demarcación y aplicaran la sentencia justa para cada delito. Ese privilegio subsiste todavía y no ha sido derogado por ninguno de los reyes que gobernó a Inglaterra en los siguientes siglos. Por dicha razón, te hemos considerado culpable y hemos dictada sentencia de muerte, que se cumplirá inmediatamente. Si tienes algo que decir, puedes hacerlo ahora.

Marks estaba lívido. Todo su valor, toda su fortaleza de ánimo, habían desaparecido instantáneamente.

—Vosotros… no podéis hacer eso… —balbuceó.

—Podemos hacerlo y lo haremos inmediatamente —dijo Albertson con gran solemnidad—. ¡Que Dios se apiade de tu alma!

Hizo un signo y los improvisados guardianes empujaron a Marks hacia el exterior.

Penny se movió ligeramente, pero Holbert la sujetó por un brazo.

—No salgas —recomendó.

Marks chillaba horriblemente. Holbert siguió al grupo de justicieros hasta el exterior. Asombrado, vio que, en pocos momentos, habían montado un improvisado patíbulo, con dos postes verticales y otro horizontal, sujetos por puntales clavados apresuradamente.

El travesaño horizontal estaba a casi cinco metros del suelo.

Debajo había una pequeña camioneta, de caja descubierta. A pesar de sus frenéticos pataleos, Marks fue situado sobre la plataforma.

Un hombre le pasó por el cuello el lazo que ya estaba preparado. Albertson movió la mano y la camioneta arrancó inmediatamente.

Se oyó un chillido agudísimo. Holbert volvió la cabeza. No quería contemplar las espantosas convulsiones de aquel cuerpo colgado de la horca. Pero los espasmos de Marks cesaron muy pronto, aunque su cuerpo siguió oscilando todavía unos momentos.

Transcurrió un largo cuarto de hora. Albertson se volvió hacia el joven.

—Se ha hecho justicia —dijo.

—Ahora estarán tranquilos — murmuró el joven.

—Todavía no. Aún hemos de hacer algo para librarnos de una vez de esta horrible pesadilla.

Holbert comprendió muy pronto el sentido de aquella respuesta, cuando vio que el remolque de un tractor agrícola se acercaba, repleto de leña. Los troncos fueron apilados en el suelo rápidamente.

Minutos más tarde, el cuerpo de Marks quedaba en lo alto del montón de leña. Alguien desparramó el contenido de una lata de gasolina y otro lanzó un fósforo encendido.

Holbert se dijo que ya no tenía motivos para seguir allí.

—Alcalde, me voy —anunció.

Albertson le miró fijamente.

—Ahora somos libres de verdad —manifestó— Y no nos importa en absoluto que usted cuente lo que ha pasado en Hurlimore.

—Sólo he visto justicia —respondió el joven, a la vez que hada una profunda reverencia.

Fue hacia la casa y recogió a Penny, Al fin se había aclarado el enigma. El misterioso Martin Marks habían resultado ser tres, en realidad.

A cien metros de Markstone Lodge, se volvió. Una espesa columna de humo negro subía a lo alto, por encima de las llamas que devoraban el cadáver del último dueño de Markstone Lodge. Las cenizas serían dispersadas y con ellas se dispersarla también el miedo que había atenazado a la gente durante largos meses.

Callaron durante un buen rato. Penny fue la primera en romper el silencio.

—Richard, me pregunto por qué Sue colaboraba en esos crímenes —dijo.

—Era una situación muy compleja — respondió el joven —. Para ella, naturalmente.

Fue amante de Martin, el primero de los hermanos, pero éste la desdeñó bien pronto por otras más jóvenes. Quizá Sue pensaba reconquistar a Martin… y luego a Tony y después a Denis… Pero, al

mismo tiempo, los odiaba y quería que muriesen, sobre todo, porque se imaginaba que un día u otro, un Marks fijaría los ojos en su hija Mary, como, en realidad, así sucedió. Ahora bien, la duda estaba en si, en este caso al menos, intervinieron los celos.

—Celos de su propia hija —murmuró Penny.

—Tal vez no conscientemente, pero era un buen motivo para desear la muerte de los Marks. Sin embargo, cuando estaba aquí, no dejaba de informarles puntualmente de todos los detalles… lo cual, en el fondo, significa que también se aprovechaba de la situación. Por dinero, claro.

—En resumen, juego doble.

—Sí, pero era algo que no podía durar eternamente. Tarde o temprano, tenía que ocurrir… lo que ha ocurrido.

—Queman el cadáver, para que no se produzca otra «resurrección», Richard.

—No se lo reproches. Tal vez, nosotros, si estuviésemos en su lugar, pensaríamos de la misma manera.

—Es posible. Sin embargo, aún falta otro detalle, Richard.

—¿Sí, Penny?

—¿Dónde están los cadáveres de Martin y Tony Marks?

—Tony escondió el de Martin y Denis el de Tony… Aparecerán algún día… Los Marks, por lo que se ve, eran aficionados a escribir… Quizá se encuentre alguna referencia más adelante en la casa. De todas formas, ése es un problema de los habitantes de Hurlimore.

Holbert miró a la muchacha, sonrió y luego pasó una mano por su cintura.

—Nosotros tenemos otra clase de problemas, Penny —añadió.

—¿De veras?

—Claro. Hemos de fijar la fecha de la boda, pensar dónde nos estableceremos… Quizá te guste seguir en Oaks Tower…

—Lo dejaré por una temporada. Ya me buscaré una casa apropiada en Londres o en la vecindad…

—La buscaremos para los dos. Tú tendrás tu estudio y yo mi taller fotográfico. De cuando en cuando, saldremos de viaje, tú cargada con los materiales de pintura y yo con las cámaras…

—Olvidaremos lo que ha pasado aquí —suspiró ella.

—Podemos empezar ahora mismo —propuso Holbert. Detuvo el paso, abrazó a la muchacha y la besó. Ella sonrió después.

—Empiezo a tener amnesia, querido.

—Pero no te olvides de mí, encanto.

—Jamás —aseguró Penny rotundamente.

F I N



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



Impreso en España PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.